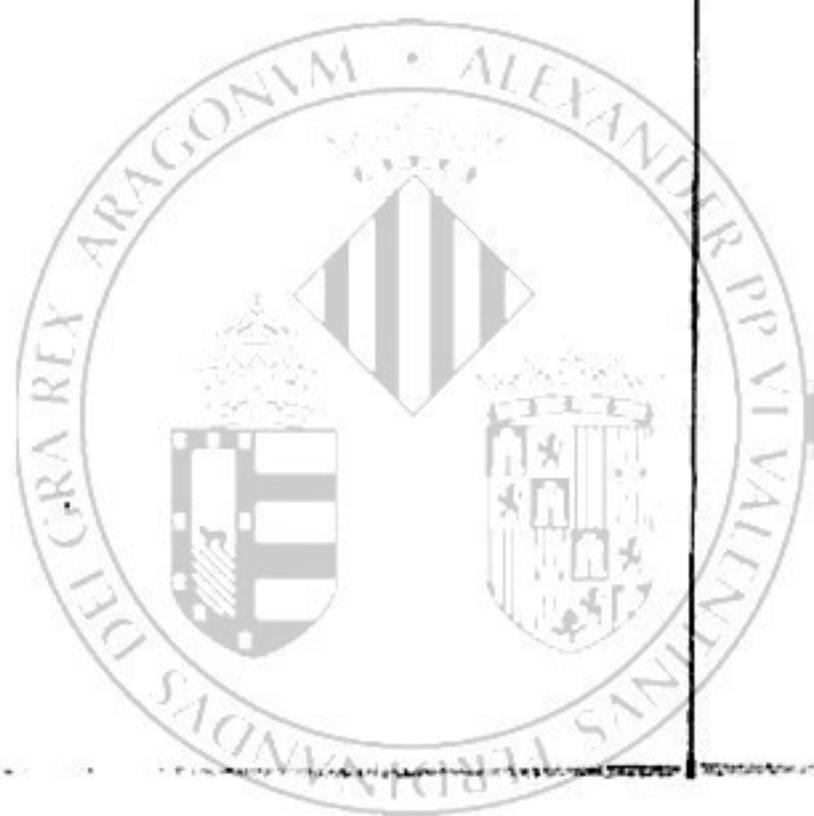


~~Manuscript No.~~

F

1925

R. 6512



HISTORIA

DEL

COMBATE NAVAL DE LEPANTO.

POR

Don Florencio Janer.

«Un caso famosísimo admirable:
Una victoria al mundo extraña y nueva:
Un suceso felice jamás visto
En trances arriesgados y sangrientos,
Canto en alta voz, canto la fuerza
El ímpetu furioso, osado y fiero
De la christiana gente, el vencimiento
De la armada othomana, aquí rendida.»

(HERONIMO CORTE—REAL.)

CANTO PRIMERO (*)

I.

Lastimoso estado que presentaba la Europa en la segunda mitad del siglo XVI.—Guerra general.—Política de los reyes.—Pujanza del imperio Turco.—Conquista de Soliman.—Espedicion de España contra Trípoli.—Descalabros de la península.—Victoria en las aguas de Marzalquivir.—Espedicion contra el Peñon de los Velez.—Peligro Sicilia y Malta.—Cercio de Malta por los turcos.—Retirase Piali á Constantinopla.—Advenimiento al trono de Selim II, y sus empresas.—Desenfreno de los turcos.—Promueve el Papa una santa liga.—Congreso diplomático.—Proposiciones de las potencias de Europa y sus mútuos recelos.—Indiferencia del monarca francés.

Lastimoso era el estado que presentaba la Europa en la segunda mitad del siglo XVI. Los horrores de la guerra cubrian de desgraciados, tristes y sangrientos sucesos el suelo

(*) *Felicissima victoria concedida del Cielo al Sr. D. Juan de Austria, en el golfo de Lepanto de la poderosa armada Othomana.*—Compuesta por Hieronimo Corte Real Cauallero Portugués.—Poéma en quince cantos, impreso en Lisboa, año de 1578.—Un tomo en 8.^o



de casi todas sus naciones. España y Portugal, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Suecia, Dinamarca y otros países, pagaban crecido tributo á aquella bestia feróz que se alimenta de sangre humana. Batallaban hacia medio siglo las casas de Austria y de Francia para adquirir la preeminencia en Europa, y con su reñida competencia envolvian en la lid las demás naciones del continente. La política de los reyes, no menos que sus miras particulares de engrandecimiento y poderío, eran motivos suficientes á falta de cualquier otro, para llevar el espanto y el esterminio á las regiones ricas y florecientes, sembrar la discordia en su seno y desgajarlas en partes mas ó menos grandes para unir las al sòlio del competidor mas afortunado ó mas atrevido. No faltaban tampoco malhadadas causas de luchas intestinas, y aun de guerras generales, promovidas por magnates, ya vengativos, ya ambiciosos; en fin, por hombres, y como tales sujetos á toda clase de pasiones. Asi lo muestra la historia en la guerra de Italia comenzada en 1556, entre el Papa, el rey de Francia y el duque de Ferrara, contra el rey Católico Felipe II, tratada y sostenida mañosamente por la familia de los Carrafas deseosos del poder y mando.

Francia é Inglaterra, España é Italia eran en aquel tiempo las naciones preponderantes. Sobresalia entre todas España, por la vasta estension de sus dominios, y al subir Felipe II al trono tuvo que emprender de nuevo una lucha con el rey cristianísimo, ansiando ambos la posesion de la Italia, vasto campo de batalla abierto á los intereses extranjeros durante un largo período de años. Luis XII ya tuvo que desamparar el reino de Nápoles, sojuzgado por Carlos VIII. Evacuó tambien Francisco I el Milanesado, avasallado antes por Luis XII, y la Francia no poseía ya mas que el Piamonte en Italia, cuando se renovó la lid entre el hijo de Carlos V y

Enrique II. Esta lid que con varias y lastimosas peleas y diferentes sucesos políticos, como fué uno de ellos el pasar los Farnesios al partido de Felipe II, no produjo mas efecto que ensangrentar la Italia y ensañar contra sí diversos pueblos; dió tambien ocasion á otros monarcas para enorgullecerse, y llevar á cabo grandes desmanes sin el menor castigo. La infeliz entrada y salida de los franceses en Italia con el duque de Guisa en 1557, la guerra en el mismo y siguientes años, entre el rey católico y el cristianísimo en Picardía, y el acometimiento de la Inglaterra á la Lombardía y á la Bretaña, influyeron bastante en las amenazadoras miras de Solimán, emperador de turcos, contra las costas de Italia. Sufrieron el arrojó de sus escuadras sus mejores poblaciones meridionales, y aun cayó en sus manos, en Berberfa, la importante plaza de Trípoli. Concluyóse en el año siguiente de 1559, la paz entre las dos coronas de España y Francia; pero bien pronto la muerte de Enrique II, las discordias de aquel reino y sus mudanzas en religion, le envolvieron en una desastrosa guerra, en que tomó gran parte Felipe II, aquejado por otro lado por las alteraciones de Flandes. Tomaron estas cada dia mas incremento, y cuando en 1562 se hallaba muy encendida la lucha entre católicos y protestantes, y á pesar de reunirse el célebre Concilio de Trento para apaciguar la cristiandad tan revuelta en aquellos años, comenzó la guerra de los hugonotes contra Francia, ayudados de la reina de Inglaterra. A aquella nacion, que comenzaba tambien á resentirse de los caprichos de las córtés extranjeras, prestaron auxilio la España y la Italia, enemigas mortales pocos años antes, pero aliadas ahora contra el peligro comun.

Entretanto iba el imperio turco adquiriendo gran pujanza y sin igual soberbia, atreviéndose en 1565 á sitiarse Malta. En el siguiente año entró en Hungría, y durante otros tres

continuó la Europa en expectativa tras las sangrientas guerras que mantenian entrosí los mismos príncipes cristianos. Las turbulencias entre el almirante y el condestable de Francia, la rebelion de los moriscos de Granada, la rota de los rebeldes de Maestrich y el rompimiento de Inglaterra contra España para favorecer á los calvinistas de Francia y Flandes, fueron sucesos que llenaron de asombro, pavor y lágrimas al mundo, y que impidieron á todas las naciones de Europa abandonarse á los utilísimos goces de la paz, floreciendo en cada una de ellas sus letras, su cultura y su comercio. Agoviado se veia tambien el monarca español por la guerra de los moriscos, que no contentos con haber causado considerables descalabros á sus tropas, llegaron á pedir auxilio á Argel y á Constantinopla, ofreciendo quizá una nueva conquista de la península, mandando en su busca á un hermano mismo de Abenhumeya.

No continuaban empero siendo iguales en Francia los sucesos de las armas, siguiendo la guerra y las disensiones con ardor hasta que fueron vencidos los hugonotes entre Poitiers y Castelrelalto. Mas por eso no asomó tampoco para largo tiempo la paz en el continente, pues en 1569 duraba en España la rebelion de los moriscos, y excomulgando el Papa á la reina Isabel de Inglaterra en 1570, dábase pábulo á nuevos y sangrientos conflictos, continuando siempre las costas del Mediterráneo infestadas de piratas turcos y argelinos que llevaban doquier el pillaje, la devastacion y la muerte.

Vióse en fin, en la segunda mitad del siglo XVI, turbada y afligida la cristiandad entera con guerras largas y sangrientas sostenidas por los mas poderosos reyes de Europa. Unas veces el deseo de engrandecerse, otras el orgullo herido acaso por causas leves, las mas las pasiones de los mag-

nates, de los primeros ministros y aun de los vasallos, daban suficiente motivo para atropellar las leyes de hidalguía y desterrar la paz de los mas fértiles y mas florecientes territorios. Otras veces la poderosa razon de estado, clara para unos, y quizás nada cierta y verdadera para otros, influia mucho en llevar de una á otra parte los horrores de Marte, cubriendo de mortal palidez las mejores regiones del orbe. En la segunda mitad del siglo XVI vióse mas que nunca cuán caras cuestan á los pueblos las guerras religiosas, y cuán difícil es á los reyes sostener sin tacha el título de católico, cristianísimo ú otro cualquiera que les conceda la Iglesia y precise honrosamente á ser campeones invencibles de Jesucristo. Porque este cargo por un lado, y por otro el cuidado de no permitir en su reino la mas débil chispa de heregía, precisó en aquel siglo á Felipe II á tomar parte en luchas extranjeras malhadadas para la nacion española, porque la mantuvieron, sí adicta fiel cual debia serlo al sólio pontificio, pero quedó pobre y anonadada bajo la pérdida de inmensos caudales, y faltos sus pueblos de brazos que remontáran su agricultura, industria y comercio á todo su esplendor.

Nadie tanto como el imperio turco sacó partido de las desavenencias de los príncipes cristianos, de las parcialidades de las familias poderosas, y de los rencores de los pueblos convecinos. Retirado allá, casi en un extremo del continente atisbaba con fieros ojos el momento en que mas descuidadas quedaban las playas y fronteras cristianas, para arrojarse sobre las poblaciones descuidadas ó indefensas, dando la vuelta á Constantinopla con ricas presas y centenares de esclavizadas víctimas. Sus flotas insignificantes y débiles algunos años antes, ensoberbeciéronse de pronto y cubrieron el Mediterráneo, precisando con duras penas á varias potencias marítimas á sostener cierto número de naves para

defenderse y resguardarse de sus piraterías. Llegaba en fin, á su colmo, en la segunda mitad del siglo XVI, el poderío del imperio otomano, y cuanto mas desgastado el resto del continente, tanto mas era de temer un atrevido golpe de mano que cambiara la faz social, religiosa y política de las naciones cristianas.

Las huestes de Soliman estendian sus conquistas por Hungría, Persia y Africa, compitiendo con el mismo emperador Carlos V. Despojaron de la isla de Rodas á los caballeros de San Juan, arrebataron á los venecianos sus mejores posesiones, y sus escuadras llevaron el pavor y el esterminio por las costas de Italia y de España, atemorizando todo el continente. Solo la Francia aliada suya se hallaba libre de hostilidades, y recibia poderosa ayuda, pues á la muerte del emperador y de Francisco I, al estallar la guerra entre los sucesores de estos dos monarcas, una numerosa armada turca infestaba las posesiones españolas. Incendiáronse varios pueblos en las islas de Procita y de Mahon, trasladáronse millares de cautivos á Constantinopla y los ámbitos del Mediterráneo entero sirvieron de inmenso teatro á las atrocidades que cometian las escuadras del Gran Sultan. Servia no poco á su pujanza la milicia turca, célebre en aquellos años por su brio y crueldad nunca desmentida. En 1517 ya se apoderaron de Argel; en 1538 alcanzaron la victoria naval de Preresá; y en 1552 arrojaron á los caballeros de San Juan de la ciudad de Trípoli (1). No era menos desgraciado Felipe II en su guerra con los sarracenos, pues sufrió crecidos descalabros en las costas de Africa, siendo desastrado el que

(1) Fué Malta tambien sitiada por Piali, pero antes la socorrió el comendador Renjifo, segun consta de una relacion que hizo Juan de Bosio en Roma á 19 de julio de 1552, y se halla original en el estante ij núm. 4, Códice de Misceláneas de la Biblioteca del Escorial.

tuvo en Mazagran, de cuya expedición no se salvaron ni tan siquiera las naves, y pereció el mismo caudillo, conde de Alcaudete, gobernador de Orán y de Marzalquivir (1). En 1559, una segunda expedición dispuesta contra Dragut que se hallaba gobernando á Trípoli en nombre de Soliman, no surtió mejor efecto. Estaba formada de doscientas galeras y quince mil soldados italianos, españoles y alemanes, sostenidos por el monarca español, y por los auxilios que prestaron el Papa, los florentinos, los genoveses, los caballeros de Malta y el príncipe de Momned, mandando como generalísimo el duque de Medinaceli. Iban á sus órdenes D. Sancho de Leiva, caudillo de la escuadra de Sicilia, Berenguer de Requesens, de la de Nápoles, y Guimarán comendador de Malta. Las tropas las mandaba D. Alvaro de Sandi. En octubre de 1559, dióse á la vela la armada desde Mesina, y por de pronto, vientos contrarios la precisaron á arribar á Siracusa: allí falleció gran parte de la gente, por una epidemia que se desarrolló por la mala calidad de los víveres. Las dilaciones en traer nuevos refuerzos una vez abonanzó el tiempo, el apoderarse primero de Meninje ó Djervé, islilla situada á corta distancia de Trípoli, dieron lugar suficiente á Dragut para afianzar la ciudad y para noticiar al Sultán la mala posición de la escuadra cristiana. Acudió Piali en seguida desde Constantinopla con ochenta galeras, y los mejores genzaros del ejército turco: casi sin pelea alguna tomó treinta naves, mató mas de mil hombres apresando cinco mil. El resto ó logró aportar á Malta con el duque de Medinaceli, ó quedó de guarnición en el fuerte de

(1) El lastimoso suceso que ocurrió en 1558, y en el que pereció el conde de Alcaudete, jefe de la expedición española, se halla descrito en una relación que ocupa desde el folio 322 hasta el 329 vuelta, del Códice de Misceláneas en folio del estante núm. II, 3 de la Biblioteca alta del Escorial. En el mismo tomo se halla la relación hecha por Gabriel de Contreras que fué quien vino á España primero con la nueva del malhadado suceso.

Meninje, y aunque acosados por el hambre, y deshauciados del socorro que les prometió aquel caudillo, prefirieron morir con las armas en la mano, atravesando el campamento de los turcos, despues de degollar todos los que hallaron dormidos; fenecieron con el número exorbitante de sitiadores y el mismo D. Alvaro de Sandi y sus dos tenientes D. Sancho de Leiva y Berenguer de Requesens, tuvieron que rendirse á Piali. Entró este luego en Constantinopla triunfalmente, siguiéndole enmedio de un inmenso júbilo tan ilustres prisioneros, las galeras apresadas, hasta el estandarte real de la escuadra española, en que se veia la imágen de Cristo crucificado.

Tan continuas derrotas no pudieron menos de obligar á Felipe II, victorioso en otras partes, á mantenerse solo á la defensiva, planteando apostaderos, y llamando todas sus fuerzas navales de Nápoles y otros puertos, para defender las playas de España, en cuyas provincias meridionales reinaba el pavor mas completo. Veinte y ocho galeras, á las órdenes de D. Juan de Mendoza, cruzaban las aguas de Andalucía, resguardando las costas contra los corsarios berberiscos; pero á los pocos dias saliendo de Málaga en busca de víveres, pertrechos y dinero para abastecer á Orán, tuvieron que arribar al puertecillo de la Herradura, sobrecogidas por un temporal, y al fin fué tan desencadenado que se estrellaron unas contra otras, se sumergieron las mas, y perccieron miserablemente hasta tres mil hombres. Parecia que tras tantas derrotas y contratiempos, no debia Felipe II poder ya contrarestar el poderío de sus enemigos turcos y berberiscos, cada dia mas implacables y mas envalentonados con sus victorias. Pero aun pudo echar el resto en socorrer el fuerte de Marzalquivir sitiado por Háschem, que acababa de apoderarse de Bugia, y que ya no ofrecia á la vista mas que escombros

defendidos heroicamente por un puñado de españoles, y pronto hubiera presentado el mismo espectáculo la plaza de Orán, ostigados ambos puntos por numerosas tropas, y la irresistible plaga del hambre. Una escuadra de treinta y cuatro galeras, juntadas á mucha costa y con ayuda de los genoveses, salió de Cartagena, se arrojó inesperadamente sobre los argelinos que cruzaban las aguas de Marzalquivir, derrotándolos ó ahuyentándolos, y obligó á Haschem á levantar el sitio y á retirarse con sus mal paradas naves á Argel (1). Tras este precioso logro, siguió Felipe II completando sus preparativos, pues sabia estaba Soliman disponiendo armada formidable, y era de temer disparara sus rayos sobre las costas de España ó de Italia. Favorecido por el Papa, los genoveses, los florentinos y el rey de Portugal, agolpó en el año siguiente en el puerto de Málaga, hasta ochenta y ocho vajeles, con trece mil hombres, al mando del conde García de Toledo; y sabedor de que el Sultan se desentendia de todo avance, resolvió tomar la ofensiva, enviando la escuadra contra la plaza fuerte del Peñon de los Velez (1564), en la costa de Africa y al frente de Andalucía, cuyo puesto solia ser el paradero de infinitos corsarios. Quedó airoso el conde de tan árdua empresa, y durante algun tiempo viéronse las costas de España desahogadas de aquella zozobra, pero no así las de Sicilia y de Malta (2).»

Soliman entretanto se preparaba para embestir á los ca-

(1) Véase la relacion de la jornada que hizo Hazan-Bajá, rey de Argel, sobre las plazas de Marzalquivir y Orán en 1563. Escorial. (Códice II. 3 biblioteca alta, páginas 331 á 337.)

Sucesos marítimos desde 1547 hasta 1564. Con las relaciones de las jornadas al Peñon de Velez, año 1563 y 1564, y del sitio que puso el rey de Argel, á Orán y Mazalquivir, etc., etc., (Códice en 4º sin foliacion. Escorial bib. alta III. 23.)

(2) *Historia de España*, por Romey. *Historia de Felipe II*, por Cabrera,

balleros de san Juan y al rey de España, comenzando por arrojarse sobre la Sicilia, cuya conquista debia acarrearle la de Malta. Corrian los años de 1564 y el haber perdido algunas naves, entre ellas una que llevaba mercancías por valor de sesenta mil escudos, y el galeon llamado *de las Sultanas*, no menos que su carácter soberbio é iracundo, le obligaron á jurar el esterminio de los caballeros de aquella órden. Era Soliman, dice el historiador Cabrera, de bizarro y feroz espíritu, tan ambicioso de fama y gloria, que todas las empresas que á sus ministros encomendó, acaudillára él mismo si no le detuviera la navegacion en algunas, y en otras la grandeza que representaba con menosprecio de todos los príncipes. Aprestóse efectivamente, con grande ímpetu, una poderosa escuadra: Montáronla al mando de Piali y de Mustafá, cuarenta mil genízaros, y llegan á asegurar constaba de mil doscientas naves (1). En la primavera del siguiente año de 65, apareció frente de Malta, y á pesar del pavor que cubre los pechos de sus caballeros, á vista de la catástrofe que vá á depararles la desigualdad enorme de fuerzas, juran antes perecer mil veces, que dar oídos á la voz de entregarse ó rendirse. Dispuso el turco su cerco y principió los ataques con crecida artillería, pero cuantos asaltos llegó á intentar fueron rechazados y obligado á retirarse con gran pérdida. El anciano y valeroso la Valette era quien disponia toda la defensa, y el primero en dar ejemplo, mostrándose siempre con gran denuedo en los parages mas peligrosos, ó mas débiles. Estaba ya la guarnicion reducida á menos de la mitad, sufriendo todas las penalidades anejas á un sitio horroroso, cuando llegó á ausiliarla el virey de Sicilia con seis mil españoles, y acometiendo las fuerzas enemigas, obli-

(1) No salimos garantés de este número que dan los historiadores.

gólas á levantar el sitio, y retirarse Piali á Constantinopla con los restos de su desbaratada expedicion.

No por este descalabro quedó libre la cristiandad de los ataques y de las horrendas atrocidades que cometian los turcos, pues en el año de 1566, con el advenimiento al trono de Constantinopla de Selim II, redobláronse los tiros contra las potencias del Mediterráneo. Ansió principiar su reinado con alguna conquista memorable, y aunque le aconsejaban hiciera algun desembarco en las costas de España acudiendo al llamamiento de los moriscos sublevados, antepuso la toma de la isla de Chipre, perteneciente á los venecianos, por ser mas fácil y estar mas cercana, contra lo pactado con aquella Señoría (1). Desembarcaron Piali y Mustafá con ochenta mil hombres, y las llamas, la devastacion y la muerte, seguian á doquier sus pasos. Apoderáronse del fuerte de Nicosia, cayeron luego en su poder Famagusta y otras ciudades, al propio tiempo que el almirante Oladi-Alí marchaba para Africa y avasallaba la importante plaza de Tunez. Corria el año de 1570, y el desenfreno turco iba cada dia mas y mas en aumento, en tales términos, que por sus desmanes, barbaridades y piraterías, sollozaba de quebranto y temor

(1) Véanse las justificaciones de Juan Andrea de Oriá sobre la guerra de Chipre, 1570. El testo está en italiano. Bib. alta del Escorial iij. x. 15 en 4.º con otros manuscritos italianos de aquellos años.

—Relacion de la guerra de Chipre de 1570. El testo en italiano por Ascagnio Lavergnano, con otros curiosos papeles italianos códice iij. x. 5. Biblioteca alta del Escorial.—Hállanse entre otros de letra del siglo XVI.

—Particular informacion dada á La Maestá Católica sopra l' armata de Segri. Veneziani.—Informationi di quanto á successo nell' armata per la guerra contra Turchi. etc. etc. Todos prestan abundantes datos para la historia de aquellos años.—En quanto al de Malta debe tenerse presente la relacion del sitio que puso el turco á Malta, y del socorro que introdujo don García de Toledo, por el cual levantó el campo el enemigo, con otros sucesos marítimos, etc. año de 1565. Bib. alta. Est. iii. etc. 23. códice en cuarto de 18 fojas, pero sin foliacion.

la Europa entera, y vióse precisado el pontífice Pio V. á pregonar una cruzada contra aquella desalmada gente. El poco efecto que surtian ya la armada veneciana y las galeras del Papa y de España, le obligaron á desear vivamente una confederacion entre su Estado, el del Rey Católico y la república de Venecia; pues de preciso debian poner coto al atrevimiento y á las crueldades de los turcos, cierto número de fuerzas combinadas, al mando de espertos generales. Atravesábanse empero graves dificultades para formar una liga poderosa y bien dirigida entre el pontífice, Felipe II. y la república de Venecia, que el cardenal de Granvela esperto político de aquellos tiempos, esponia con toda la claridad que requería la pronta y feliz terminacion del suceso. No confinaban igualmente con el turco aquellas potencias, y cuanto mas lejos del peligro, tanto menos prontas estarian á moverse ó á aparejarse para la guerra, y á contribuir al gasto con el ardor que debía infundirles el evidente riesgo, el temor de la vecindad, y el deseo de verse libres de ellos. Molestaba la cercanía de Argel á España, la de Albania á Venecia, la de Hungría al Emperador y al Rey de Polonia. Convenia al Rey Católico hacer la guerra en el mediodia, á los venecianos en levante, y así no podia ser con igual satisfaccion llevada á cabo. No reportando grande utilidad de la empresa, podian desearla, mas no disponerla bien, haciendo la desigualdad del interés dificultoso el comenzar, incierto el proseguir, y por lo mismo, imposible la confederacion. No serian tampoco iguales los aliados en poder, tanto respecto á cantidad de fuerzas, como respecto á su materia, y así desearia el mando absoluto el que mas poderoso se presentara. Desearia tambien este, tras la conquista de alguna tierra ó ciudad, retenerla para sí solo, causando disgustos y enojos no puestos en concordancia con el objeto

de la liga, que debía ser por otra parte de grandiosos resultados, si no tenían cabida en ella rencillas indecorosas ó intereses mezquinos. Finalmente debía tenerse además en cuenta, que el imperio turco había llegado á un grande estado de pujanza y poderio, que para contrarrestarle necesitaria de considerable fuerza y no menores gastos, no en muy buen estado de hacer ninguna de aquellas potencias trabajadas todas por guerras: algunas como sucedia á la monarquía española, eran nada menos que intestinas.

A todo respondia el piadoso Pontífice que si el desamparo y ruina de la Iglesia era motivado por los príncipes cristianos, distraídos en desastrosas guerras, ¿quién sino ellos mismos debían unirse para defenderla y evitar amenazara el turco dominar la Europa entera? Si solo el sitio de Malta llenó de espanto y temor al mundo, ¿qué sería viendo los ejércitos del Gran Señor puestos en Italia ó en España que eran tierra firme?

Repetidas muestras daba la historia de no ser invencibles las fuerzas de Constantinopla, de haberles en otros tiempos burlado la fortuna con crecidos descalabros; en fin, mirándolo con madurez, era palpable no tenia el *soberbio tirano la cabeza tan gruesa y tan de acero*, que quebrantarla no pudieran los príncipes cristianos. A ellos tocaba defender la Iglesia católica, castigar los excesos horrorosos, los insultantes desmanes y las sangrientas crueldades que con inaudito atrevimiento cometia el turco. Bastante hacia el Papa con promover la union y proponer la liga, pues á él solo tocaba desde la silla de S. Pedro pedir á Dios amparo para la cristiandad afligida y tan puesta en peligro, rogar al Espíritu Santo iluminára el corazon y enardeciera el valor de los que iban á batallar por Jesucristo, y estender la santa oracion, deseando el buen éxito de la empresa, por todo el mundo católico.

Siguiendo aquí á Cabrera, cuya historia, con el estudio hecho de ella para escribir la nuestra, hemos observado ser la mas verídica y puesta en concordancia con los autores y papeles venecianos, y con las relaciones coetáneas españolas (1), puede asegurarse fué el Sumo Pontífice quien movió toda la máquina de la Santa Liga; pero nosotros tenemos por cierto que no estaba menos interesada Venecia, y segun copia de documentos que radicaron en archivos de aquella señoría, su embajador Miguel Soriano fué uno de los que con mas celo procuró el término y pronto arreglo de todos aquellos tratos y negociaciones. «Juntó el Papa en su palacio, dice Cabrera, los cardenales Grauvela y Pacheco, y á don Juan de Zúñiga, parte del rey católico, y á Miguel Soriano de Venecia. Exhortólos á la union, representándoles los trabajos de la Iglesia, el aumento del turco pujante con las discordias de la cristiandad, olvidados de sus príncipes, llevados de su interés y ambicion. Para la comun defensa y ofensa del tirano, procuraba unir sus fuerzas con las del rey católico y república de Venecia, aplacando á Dios airado por sus divisiones. Mezclaba quizá misericordia con la ira, despertando los ánimos para grandes empresas, pues vencidos podian ser los bárbaros y reprimida su insolencia. Adictos los principes á la causa comun, y fieles á ellos sus ministros, ¿cómo no debia redundar la Santa Liga en su bien propio, y en el general de toda la cristiandad? Movieron estas y otras razones á los enviados, y luego trataron de condiciones. La congregacion se hacia en San Pedro, donde posaba el cardenal Alejandrino, uno de los comisarios ó diputados,

(1) Véase *Incliti, Herois, Principis, Ducis ac Milis Optimi Exemplar id est Joannus Austriaci Vita. Auctore Antonio Ossorio*, Documentos publicados en la coleccion de Baranda. —Manuscritos inéditos desde 1570 á 1578.—Cartas originales inéditas de la Bib. nacional.

sobrino de Pio, y formábanla los cardenales Moron, Chiesa, Grassi, Celsi, Aldrobaldino y Gerónimo Rusticuchi. Propuso el Pontífice las condiciones, porque los del rey Felipe esperaban que los venecianos, á quienes principalmente tocaba la defensa, las pidiesen. Estos no querian humillarse, pareciéndoles importaba tanto al rey católico. Convinieron en que las fuerzas fuesen doscientas galeras, cien naves, cincuenta mil infantes y cuatro mil y quinientos caballos.» No pudo luego disponerse de tanto, y quedó bien probado no ser lo mismo ordenar en su gabinete el político que plantear despues el guerrero lo dispuesto en el campo de batalla. — «Era la costa seiscientos mil escudos al mes, y en el repartimiento desconvenian. No querian pagar los venecianos mas de la cuarta parte, Felipe II mas de la mitad, el Pontífice podia poco (1). Nombró Pio por su general á Marco Antonio Colona, el católico á su hermano don Juan, Venecia á Gerónimo Zane, con autortdad igual, prevaleciendo el parecer de dos (2). Convenia crear cabeza con mando supremo y general sobre las fuerzas coligadas: sobresalia entre todos por su celebridad y grandeza el referido don Juan de Austria. Venecia alegaba competirle el nombramiento por ser mas claramente la guerra del turco publicada contra ella: contradecian los de Felipe por la reputacion de su corona, por intervenir con sus fuerzas, por el desaire, ó mejor inju-

(1) «Se fragua al fin una liga contra los turcos, y toma Felipe II á su cargo la mitad de los desembolsos, y los venecianos las tres cuartas de la otra mitad, redondeando el Papa lo restante, cuyo tratado se pone en ejecucion sobre la marcha. Arma el rey de España una escuadra de setenta naves, los venecianos y el Papa echan el resto, y sale al fin del puerto de Mecina una armada de doscientas y cincuenta naves á las órdenes de don Juan de Austria, recién esclarecido con la sujecion de las Alpujarras. Acompañan al generalísimo Antonio de Coloma, que manda las galeras del Papa, y Venecio con las de Venecia etc.» Carlos Romey. *Hist. de España*.

(2) Cabrera, *Historia de Felipe II*, lib 9, cap. 20.

ria que se haria al hermano de aquel monarca, hijo del gran Carlos V (1). No podia hacer mas que acatar el parecer del Pontífice. Fué nombrado, en fin, general en mar y en tierra

(1) Nació don Juan de Austria el dia 23 de febrero de 1546, en Ratisbona, del emperador Carlos V y de una señora alemana llamada Bárbara Blomberg (Bárbaram Blombergam, segun Ossorio.) Confióse su educacion en secreto á don Luis Quijada, señor de Villagarcia, quien lo tuvo consigo hasta el año 1560, y despues pasó desconocido algunos años con una familia modesta en el pueblo de Leganés, donde se crió muy ageno del importante papel que debia representar en el mundo. Muerto el emperador y sabida la existencia del príncipe, diósele á conocer á la familia real y al pueblo, de un modo asaz raro, durante el auto de fé que se tuvo en Valladolid en mayo de 1552, y en que se quemaron el doctor Cazalla, el maestro Perez y otros protestantes. Condecorado luego con honoríficas distinciones, y creciendo al par que en noble gentileza en claro talento y en valor no comun en sus pocos años, dedicóse á las armas y al lado de los mejores generales de su hermano Felipe II. La guerra de Granada, la de los turcos y la de los Países Bajos, prestaron campo suficiente para que el jóven don Juan de Austria adquiriese gran renombre é imperecedera fama.—Falleció á los treinta y tres años de edad en Flandes, cerca de la villa de Namur, á 4.º de octubre de 1578, despues de haber prestado importantísimos servicios á la corona de España.—Sobre su vida, puedo verse entre otros á su historiador Vander Hamen, y sobre su última enfermedad y muerte el tomo 7.º de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, por los señores *Salvá y Baranda*, y á *Daza Chacon* en su *Práctica y Teórica de cirugía*.—Traia con piadosa religion cristiana encima de sus armas, en la cola del pavon que tenia por timbre, una cruz con esta letra: *In hoc signo vici turcos, in hoc signo vincam hæreticos.* (Vander Hamen). Saavedra Fajardo en su empresa política 26 (Monaco 1640). dice: «El señor don Juan de Austria mandó bordar en sus banderas la cruz y este mote: «*Con estas armas vencí los turcos, con ellas pienso vencer los hereges.*»

Don Diego Clemencin en sus comentarios al *Quijote* de Cervantes, dice de aquel príncipe lo siguiente:—«Las frecuentes contradicciones que don Juan experimentó de parte del rey su hermano, acibararon el curso de su vida. De resultas de la gloriosa jornada de Lepanto, los griegos oprimidos por los turcos, le ofrecieron la corona; pero su hermano, mostrando temer los celos de los venecianos, se opuso á que la aceptase. El Papa propuso al rey Felipe que se fundase un Estado en la costa de Africa, y se le diese con titulo de rey á su hermano: Felipe se negó á ello. Pretendió D. Juan que se premiasen sus servicios con los honores de infante de España, y no pudo conseguirlo.

el inclito don Juan de Austria, teniendo por consejero, con especial encargo de su hermano, á don Luis de Requesens. No menos largamente se disputó sobre la lugartenencia del de Austria. Descaba Felipe II quedase en su mano el nombramiento, y contradecíanle tenazmente los venecianos, temiendo se hiciese en Juan Andrea, sospechoso y poco amigo. Clamaban por él la importancia y escelencia de su persona, los antiguos servicios suyos y de su tio, por su grandeza ilustres é inmortales. Remitido al Pontífice, continúa Cabrera, nombró á Marco Antonio Colona, por la autoridad de general de la Iglesia, y seguro de que miraria al bien comun. No efectuaban los del católico, alargando con novedades el fin de la union, y Pio le escribió sobre ello con Pompeo Colona, diestro en las materias de Estado y Guerra. Respondió Felipe ser su deseo el de Su Santidad, y que no cesaria hasta acabar la vida: á tal le obligaba el título de católico, de defensor y protector de la Iglesia. Que para cumplir su propósito reunia gran número de soldados, y no menor porcion de galeras, juntando por medio de sus vireyes grandes ajrestos de municiones, vituallas, aparato y máquiuas de guerra en Génova, Nápoles y Sicilia. Que enviaria luego á Italia á su hermano don Juan con órden de hacer animosa y solícitamente la guerra, segun las fuerzas

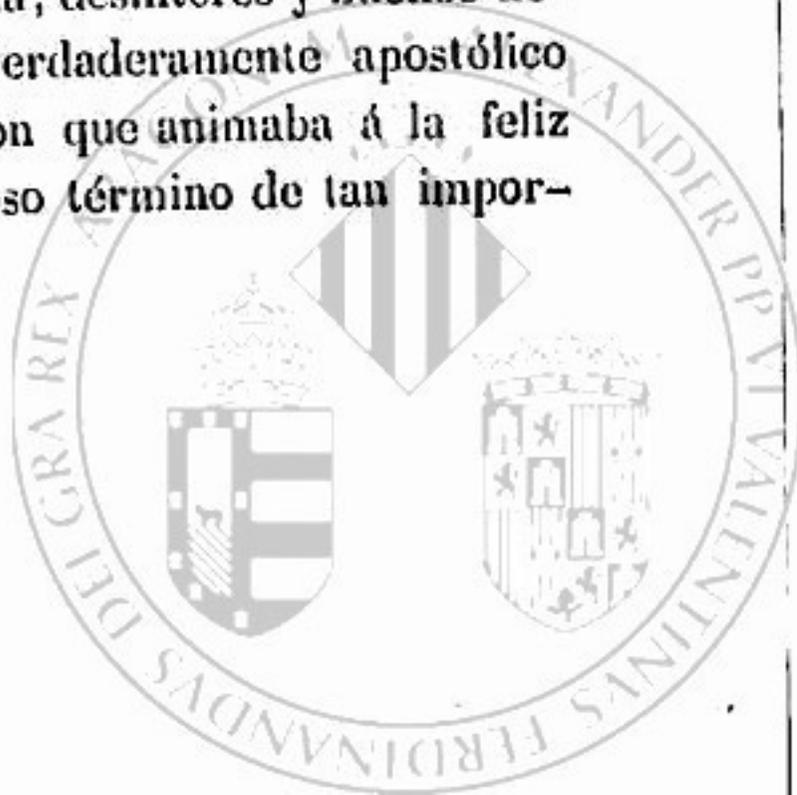
Los irlandeses descontentos del gobierno de la reina Isabel de Inglaterra, quisieron proclamarle por rey de su isla; y la córte de España no lo tuvo por conveniente.

Trató D. Juan de casarse con la misma reina Isabel y se ofendió el rey su hermano.

Juan de Escobedo, secretario de D. Juan, que promovia con valor en la córte sus negocios y solicitudes, fué asesinado por disposicion del famoso Antonio Perez y se supuso que habia sido de órden del rey.

Finalmente, el vencedor de Lepanto, murió sin hacer testamento porque no tuvo de que hacerlo, y no faltó quien sospechase que habia muerto de veneno.

de la confederacion; y por último, que aunque las negociaciones de la Liga no diesen por resultado la confederacion de aquellas potencias y el esterminio del turco, daba por bien empleados los gastos y aprestos de su corona, pues los emplearia en la recuperacion de Argel.—«Algo pareció diverso el camino de los ministros del de su príncipe, procurando hacer de consideracion su servicio, pues turbó la junta un papel en que Granvela propuso nuevas condiciones, con poca reputacion de venecianos, y alteró su república. Decían hasta cuando serian burlados de los españoles con engaño entretenidos; porque despojados por el turco de su señorío, faltase á Italia el principal fundamento de su libertad, á cuyo imperio, con desenfrenado desco ya aspiraban. No tenían mejor consejo que el de la paz, tratándola por mano del bajá Mahamet, de que les habia dado esperanzas, enviando á Constantinopla para ello á Jacobo Ragazzano, solícito, de buen ingenio, consejo y práctica en aquella corte.» Todo logró aquietarlo Pio V enviando á Marco Antonio Colona á aquella república, en cuyo consejo de cientos con maestria política y con pinceladas vivas y naturales, pero terminantes, pinto de nuevo el estado de la cristiandad, y probó hasta la evidencia la hidalguía, desinterés y buenos deseos del rey católico, y el celo verdaderamente apostólico con que coadyuvaba el Papa, y con que animaba á la feliz concordia, y al pronto y victorioso término de tan importante suceso.



II.

Liga entre Roma, España y Venecia.—Continúa la guerra entre turcos y venecianos.—Sitio de Famagusta.—Defensa valerosa de sus moradores.—Pérdida de Dolcino y Antibari.—Preparativos de las potencias aliadas.—Agréganse á la hueste cristiana muchos caballeros particulares.—Movimiento de tropas.—Promesa del Pontífice.—Reunion y reseña de las armadas.

Corria ya el año de 1571, cuando desvanecidos ó amortiguados al menos los recelos de Venecia, envió aquella señora orden á su embajador de Roma, para que se concluyese la Santa Liga, jurase y publicase para consuelo general de la cristiandad. Solo Francia, aliada de Constantinopla y esquiva de poner su estandarte á las órdenes de la casa de Austria, permanecia indiferente á la universal alegría y esperanza de grandes victorias que, orillados intereses mezquinos, se difundieron noblemente por los ánimos de las potencias aliadas. Enviósele, empero, embajada con el cardenal Alejandrino (Fr. Miguel Bonelo), y tambien á Portugal, al propio tiempo que el cardenal Comenduno, requería la piedad y el valor del emperador y rey de Polonia. Acompañaronles respetables varones, ya por su valor y por sus canas, ya por su nobleza ó por la

de su familia. (1) La union debia encaminarse siempre al mayor bien de la cristiandad y exaltacion del nombre católico. Tal era á primera vista el único norte de los coligados. Asegura con todo un historiador, que vió los papeles y documentos pertenecientes al secretario del de Austria, Juan de Soto, que como otros muchos, radicaron en la secretaría del antiguo virey de Nápoles; que ya los políticos de aquel tiempo fiaban poco del buen éxito de la empresa, pues no obstaba segun ellos el juramentarse las tres potencias, para que cada una siguiera á su tiempo su mejor razon de estado, y efectivamente, sucedió así como veremos al fin de esta historia, pues si fué gloriosísimo el primer resultado de la Liga, no correspondió despues á lograr el fin tan deseado y que hubiera cambiado del todo la faz política y social del continente Europeo.—De todos modos, la Liga entre Roma, España y Venecia se concertó de esta manera:

Liga perpétua contra el Turco y sus vecinos tributarios Argel, Túnez y Trípoli.

«Las fuerzas sean doscientas galeras, cien naves, cincuenta mil
»infantes, cuatro mil y quinientos caballos con municiones y apara-

(1) «Con la bendicion pontifical partió Alejandrino de Roma para ejecutar su legacia, atravesó la Italia y Francia, llegó á Barcelona en España donde le esperaba para recibirle y guiarle de parte del rey católico don Hernando de Borja hermano del duque de Gandia. En la entrada de Castilla le dió por el rey el parabien de su llegada don Enrique de Guzman conde de Olivares, mostrando que estimaba las prendas de Pio. En Guadalajara lo recibió el cardenal Espinosa, y juntos entraron en Madrid, en medio el rey que salió fuera de la villa á verle con todo su acompañamiento de la grandeza de su corte.» Véase el cap. 22 del lib. 9. de la historia de Felipe II por Cabrera, donde se vé se arreglaron con aquella embajada ademas de los asuntos particulares de la Liga, otros diferentes y sobre todo algunos relativos á materias eclesiásticas.

»tos. Los generales estén en fin de marzo ó abril en los mares de Le-
»vante con sus armadas. Envistiendo el turco alguno de los coligados
»envie la liga ayuda suficiente ó vayan todos si es necesario. Los
»confederados asistan en Roma por sus embajadores al otoño, para
»deliberar la jornada que se hará en la primavera siguiente. Pague
»el pontífice tres mil infantes, doscientos y setenta caballos y doce
»galeras. El rey católico de lo restante contribuya tres quintos y dos
»Venecia. La república dé al pontífice las galeras armadas y artilla-
»das, con que él las pague y restituya salvas. Ponga cada uno mas
»fuerzas en tierra ó mar, segun tuviese aparejo, y satisfágase de lo
»demas. La vitualla se compre de moderado precio, donde mas abun-
»dancia haya en los estados de los confederados, sin que primero pue-
»dan los señores hacer sacas, escepto el rey católico para Malta, la
»Goleta y sus armadas. No se puede imponer nuevo tributo, ni acre-
»centarse sobre los bastimentos, de modo que se encarezcan á la
»Liga. Si no se hiciese jornada y el rey ó la República fuesen asalt-
»adas por el Turco, acuda el otro con cincuenta galeras. Si el rey
»hiciese jornada á Argel, Túnez y Trípoli, ó la República á la Belona
»ó fortalezas del mar Adriático, ayude al otro con cincuenta gale-
»ras, prefiriéndose el Rey Católico si acometiese en un año. Si fue-
»so asaltado el Pontífice, acudan los coligados con todas sus fuerzas.
»Lo que votaren los dos generales del Pontífice Rey ó República, eje-
»cútelo el de la Liga. No use el general estandarte propio, ni usurpe
»otro nombre que general de la Liga. Déjese honradísimo lugar al em-
»perador, reyes de Francia y Portugal, y la parte en que contribuyeren
»aumente las fuerzas de la Liga. Procure Pio se confederen el rey de Po-
»lonia y otros principes cristianos. El despojo divídese entre los colig-
»ados y las provincias que se ganasen segun lo capitulado por el
»emperador en el año de mil quinientos treinta y siete. Ampárese
»Ragusa. De las diferencias entre los confederados sea juez el Pon-
»tífice. Ninguno pueda hacer paz con el Turco sin consentimiento
»de los demas coligados.»

Tales fueron en suma los pactos con que se llevó á cabo
aquella famosa Liga, algunos que no se guardaron, otros

que no pudieron ponerse en planta, muchos que dieron lugar á mil diferentes razones y varios que desde luego resultaron en utilidad de las potencias confederadas. Confirmó por de pronto Pio V á Felipe II el Subsidio, y concedióle de nuevo el Excusado y Cruzadas, dando el breve al embajador y á los venecianos cien mil ducados en cada año sobre el clero de sus estados.

«Seguia entretanto Selim la guerra contra Venecianos, con toda la furia que le permitian sus poderosas fuerzas en mar y tierra. Amat bajá con sesenta mil hombres invadia la Albania, sitiaba á Dolcino, ciudad fuerte de aquellas costas, y Alí, yerno suyo, recién nombrado general de sus escuadras, por estar el Piali fuera de su gracia, buscaba la armada Veneciana, y ahuyentaba á su vista toda clase de naves y barquichuelos mercantes. A su salida de Constantinopla con cuarenta galeras, fueron crucificados cuatro cristianos, y desollados vivos otros varios como en demanda á su profeta Mahoma de buen éxito para la jornada. Juntósele en Xio (6 de abril de 1571) Mahomet, gobernador de Negroponto con cuarenta bageles mas, y trasladaron á Famagusta municiones y vituallas para que Mustafá que la tenia sitiada arreciase los horrores del sitio. La ciudad se defendia valerosamente á las órdenes de Marco Antonio Bragadino y Astor Ballon, resistiendo con grande ánimo y no menores trabajos el mortifero fuego de sesenta y cuatro cañones y cuatro basiliscos. Llenado el foso, ganada la contra escarpa, minadas las torres y rebellines, prestaban débil y artificial defensa los parapetos de sacos de arena que oponian sus hambrientos defensores. Asi se sostuvo la plaza aguardando socorros nunca vistos hasta que por fin dieron mas adelante oidos á las voces de entregarse ó rendirse. Por su parte Alí perseguia las escuadras venecianas, pasaba á Candia para ope-

nerse al socorro que intentaban llevar los cristianos á Fama-gusta, y en las aguas de Cefalonia, antes de fondear en Pesca-
cara, por una galera que cayó en sus manos supo la publica-
cion de la famosa liga. Avisó á Selim, trató de pasar á Mesina
á impedir la union de las dos armadas, pero por fin comenzó
á espugnar á Doleino, y otras poblaciones del Adriático. Dolei-
no y Antibari tubieron que rendirse: igual suerte hubiera to-
cado á Corzola, Aulato y Cátaro, si en las unas el heróico
valor de las mugeres abandonadas de los hombres, y en la
última el temor de ser cojido de improviso por la armada
cristiana, no hubiera obligado á Alí á levantar el campo. No
dejó empero por esto de apoderarse de algunos lugares, co-
metiendo en todos mil horrendos crímenes, asesinando entre
otros doscientos italianos, soldados de Venecia, en el castillo
de Xumarra, sin perdonar en ninguna parte ni la flaqueza
de los niños y ancianos, ni el pudor y debilidad de las
vírgenes.

Volvamos ahora la vista, y veamos como se preparaban
las potencias aliadas para castigar y poner fin á tamañas atro-
cidades. Todo era movimiento y ruido en los arsenales. Por
un lado los astilleros de España y Venecia aprestaban, abi-
litaban y armaban de nuevo gran número de galeras y otras
naves menores. Una porcion de estas no hacian mas que tras-
portar á Mesina, centro de reunion y partida, crecidas can-
tidades de víveres y vituallas. Armas, municiones, velamen
y hasta forrage para la caballería que creía reunirse, todo
iba á parar en aquel puerto, como si de allí debiera salir un
ejército para dominar el orbe entero, y una armada para
dar la vuelta al mundo. El valor parecia grande, el entusias-
mo era ininenso. Hasta caballeros particulares, ya con seis ó
doce, ya con veinte treinta ó sesenta criados y guerreros de
sus casas, atravesaban largos territorios y dirijian sus pasos

á ponerse bajo la bandera de D. Juan de Austria. Este, alentadas las levas de soldados visoños en Italia y Alemania, próximos á ser enviados allá los que acababan de sojuzgar las Alpujarras, partió de Madrid con direccion á Barcelona, donde encontró á su lugar-teniente D. Luis de Requesens, con los archiduques de Austria, Rodolfo y Ernesto. Una indisposicion en la salud de este, obligó al de Austria á permanecer algunos dias en la capital del Principado hasta que pudieron navegar libremente, siguiéndole los tercios de infantería de D. Lope de Figueroa y de D. Miguel de Moncada. A 26 de junio llegaron á Génova, y de allí fué enviado el de Moncada á visitar la señorfa, y el conde de Riego D. Hernando Carrillo de Mendoza, con embajada al Pontífice, quien le recibió gozoso, y le encargó asegurára á D. Juan de su parte la victoria, prometiéndole además el primer estado que se ganase al turco. El baston y estandarte bendito de su mano envió á Nápoles para que se lo entregára el cardenal de Granvela, virrey interino por muerte del duque de Alcalá. En aquella ciudad recibió tambien el de Austria el estandarte del generalato de la liga (1), rodeado del príncipe de parma Alejandro Farnesio, el de Urbino, y otros esclarecidos y valerosos caballeros, con no menor concurso de toda clase de gentes. Por fin el 24 de agosto, arribó á Mesina con

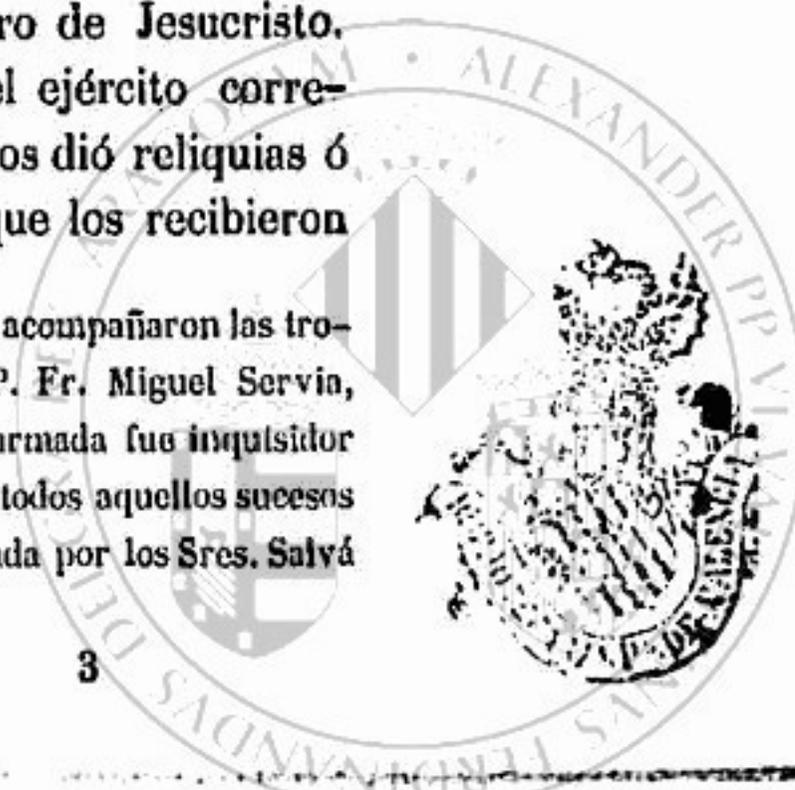
(1) Segun Cabrera era azul, con la imagon de Cristo crucificado, y las armas del Pontífice al pie, y las del Rey y Venecia ligadas con una cadena, y abajo las de D. Juan de Austria.

Se tiene por tradicion que el escudo ó rodela que llevaba D. Juan de Austria el dia en que se ganó el combate naval de Lepanto, era presente del Pontífice San Pio V que lo habia enviado al generalísimo de la Liga pocos dias antes de mover las escuadras contra los turcos. Asegúrase ser dicho escudo ó rodela la que se conserva de D. Juan en la Armería Real, con la leyenda *Christus Vincit, Christus Regnat, Christus imperat*, si bien le falta un crucifijo de plata que tenia, y desapareció despues.

contento grande de las tropas del papa y venecianos, á cuyos generales en un grave y sentido razonamiento escusó algun tanto su tardanza, y aseguró no tenia el rey católico tan en deseo el bien suyo como el de Venecia, como probaria contra las calumnias y sospechas de esta potencia, buscando el mas reñido y peligroso lugar en la batalla.

—«Aguardaba á D. Juan en Mesina, dice Cabrera, monseñor Odescalco, obispo de Pera, con embajada de Pio. Pedíale diese la batalla interponiendo cuanta autoridad tenia de Dios, y como habia dicho al conde de Priego y á Marco Antonio Colona, prometia de su parte la victoria. Envióle grandes revelaciones y dos profecías de San Isidro que contaban la batalla y vencimiento, interpretando bien á propósito en persona de D. Juan al capitan de que hablaban: prometió tenerlo en lugar de hijo cuidadoso de su aumento. Le desembarazase el mar venciendo, que luego iria con sus canas á la guerra á avergonzar la juventud que en el ocio quedase. Por su orden ayunó la gente tres dias imitando á su general con tanta devocion y nueva mudanza de vida, que no quedaba soldado que no fuese á las procesiones y á recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Con bendicion les otorgó el Nuncio las indulgencias que acostumbra conceder la Iglesia á los conquistadores del sepulcro de Jesucristo. Proveyó los bajeles de religiosos (1) que el ejército corrían con amonestaciones. A todos los soldados dió reliquias ó granos benditos de grandes indulgencias, que los recibieron

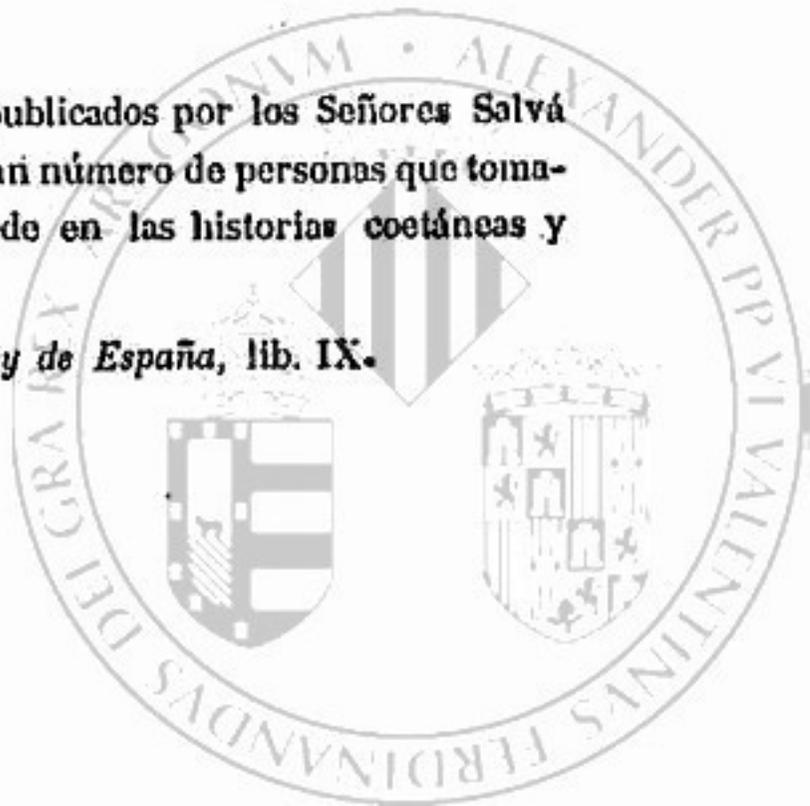
(1) Efectivamente fueron varios los religiosos que acompañaron las tropas en la célebre jornada de Lepanto. Entre ellos el P. Fr. Miguel Servin, confesor de D. Juan de Austria, de cuyo ejército y armada fue inquisidor y vicario general, nos dejó una curiosa relacion de todos aquellos sucesos desde 1571 hasta 1574 inclusive, que ha sido publicada por los Sres. Salvá y Baranda.



con devoción en su nombre. Vedó el embarcar mugeres: mandó castigar con muerte la blasfemia. Esta bien disciplinada milicia puso gran confianza de victoria en las promesas del santo Pontífice. No se esperaba sino el resto de la armada veneciana para salir de Mecina. En tanto envió D. Juan á Gil Andrade, caballero español de la religion de San Juan, cuatralvo (2), y con él á Chico Pisano, gentilhombre de Venecia práctico en el mar de Levante, á explorar la armada del turco, saber donde se hallaba, que hacia y su intento. Desocupado el mar entre Candia y Mecina partió Canaleto con setenta y cuatro galeras, y en Mecina se unieron á su general Sebastian Veniero, que tenia cincuenta y cuatro galeras. Estaba allí el Colona con las doce galeras del Pontífice: llegó Juan Andrea Doria con once: el marqués de Santa Cruz con treinta, con que el gran puerto de Mecina estaba hecho un bosque. En la reseña halló D. Juan las de Venecia en mal orden, culpó al Veniero y mandó meterles municiones, dos mil y quinientos españoles y mil y quinientos Italianos de sueldo del rey católico con harta maravilla, por mano del marqués de Santa Cruz. Advirtiéseles procediesen con modestia y amigable término por la paz y por no disgustar á los venecianos puntosos y resentidos con esclamacion de cualquier pequeño encuentro y disgusto.» (3)

(2) En las relaciones y documentos publicados por los Señores Salvá y Baranda, constan los nombres de un gran número de personas que tomaron parte en la jornada, y otro tanto sucede en las historias coetáneas y poco posteriores al suceso.

(1) Cabrera: *Historia de D. Felipe II rey de España*, lib. IX.



III.

Salte de Mesina la armada de la Santa Liga.—Número de naves y órden de las escuadras.—Número de combatientes sin contar la chusma.—Nombres de los capitanes.—Itinerario de la navegación de la armada.—Noticia de la pérdida de Farnagusta.—Pareceres diversos de los consejeros de D. Juan de Austria.—Reflexiones.—Navegacion de la armada turca.—Avístanse las dos armadas.—Razonamiento de D. Juan.—Preparativos para la batalla.—Disposicion de las dos armadas.

Era el dia 16 de setiembre de 1571 cuando salió D. Juan de Austria de Mesina, con toda la armada de la Santa Liga, dirigiendo su rumbo hácia levante y con intencion decidida de presentar la batalla á las fuerzas enemigas, tan pronto como las avistara. Constaba la armada de 208 galeras, 6 galeazas y una porcion de bageles menores, é iba dividida en cuatro escuadras, en este órden. El de Austria llevaba una escuadra de sesenta galeras, y por divisa en la real el estandarte que envió el Pontífice con un Cristo, y las armas de los de la Liga. En medio las del Papa, las de Felipe II á mano derecha, á la izquierda las de los venecianos, y debajo las suyas, con un lazo que las ligaba á todas. Por seña particular una flámula azul en la antena, y en el carcel un gallardete. Cincuenta y dos galeras iban á las órdenes de Juan Andrea, llevando en la antena de su galera una flámula verde, y gallardete del mismo color, con igual distintivo todas las naves de su escuadra. Dióse otra escuadra á don Alvaro de Bazan, de treinta galeras, y en la suya por divisa tremolaba una flámula blanca, encima de la pópa un ga-

llardete blanco, imitándole en esta enseña todas las demás. Seguía Barbarigo con cincuenta y siete galeras, llevando gallardetes amarillos en el medio de la asta, y así se distinguían las naves de su escuadra de todas las otras. D. Juan de Cardona iba siempre descubriendo con seis galeras, ondeando al viento una flámula con las armas reales. Los bajeles de Venecia llevaban tropas italianas y españolas, é iban interpoladas sagazmente con las galeras de España. Cuatro tercios de españoles, los dos de soldados viejos, y los dos de bisoños, con un tercio de italianos y otro de tudescos, á las órdenes de Ascanio de La Corna, maestro de campo general de toda la infantería. Total 20,231 combatientes distribuidos en esta forma: españoles, 8,160; italianos, 5,208; alemanes, 4,987; aventureros, personas particulares y de la casa de su Alteza, 1,876, como puede verse en la relación del adjunto Apéndice de documentos. D. Pedro de Padilla era maestro de campo del tercio de Nápoles; don Diego Enriquez, del tercio de Sicilia; D. Miguel de Moncada, de un tercio de bisoños; D. Lope de Figueroa, del otro de bisoños (en este militaba el inmortal escritor Miguel de Cervantes Saavedra). El conde de Lodron mandaba el tercio de tudescos; de los italianos el propio Ascanio de La Corna. Capitanes generales de las galeras: Gil de Andrada de las de España; de las del Papa, Marco Antonio Colona; de las de Nápoles, D. Alvaro de Bazan; de las de Sicilia, D. Juan de Cardona: general de las de Saboya Mr. de Leim; general de las de Génova, Hector Spinola: el Sr. Juan Andrea de las suyas; y de venecianos el Sr. Barbarigo. Tanto en las galeras como en las galeazas iban mezclados y distribuidos con los venecianos los españoles é italianos (1).

A los 17 de setiembre salió la armada de la Forra de

(1). Relación del P. Servia.

San Juan, y á los 18 una mareta que se levantó obligóla á correrse hácia Siracusa. El dia 19 se vió precisada á dar fondo en el cabo de las Columnas, donde por viento contrario permaneció cuatro dias. Allí se tuvo nueva por trece galeras venecianas que encontraron, como la armada del turco aguardaba ya la de la Liga, con orden de no volver proas sin combatirla. A los 23 á la primera guardia salió la armada con un poco de viento de tierra. Fué D. Alvaro de Bazan con su escuadra á Cotrona, á embarcar el tercio de Nápoles. Siguieron las demás su camino. A los 24 á las seis de la tarde llegó una nave veneciana y dió aviso cómo la armada enemiga estaba batiendo á Zante. Su Alteza mandó acelerar la marcha, y este dia, ancladas ya treinta millas, dió fondo la armada combinada en una despoblada y pequeña isla. Al amanecer del dia siguiente sufrió una pequeña borrasca, que se pasó muy luego. El dia 26 del mismo mes de setiembre llegó á Corfú, y seis millas antes de arribar demostró el fuerte su contento con gran salva de artillería. Habia en él 4,000 soldados italianos, franceses y venecianos. Solo diez dias hacia que la armada del enemigo se habia partido de allí, y no osando batirla por ser de sitio inespugnable, estuvo seis quemando los arrabales y los templos con bárbara crueldad. Entre ellos y los cristianos hubo algunas amenazas, quedando prisioneros algunos turcos (1). A los 29 salieron los de la Liga de Corfú, hora de vísperas dando fondo á seis millas delante de la costa de dicha isla, donde hicieron aguada. Vino una fragata de las que habia llevado el comendador Gil de Andrada á tomar lengua, con cartas suyas, en que avisaba que la armada del turco estaba metida en el puerto de Lepanto, y que habia enviado sesenta naves de remo y dos bajeles á Coron con enfermos

(1) P. Servia.

para dejarlos allí y tomar gente de refresco (2). A los 30 mandaron hacer muestra de los soldados en las mismas galeras, escaramuceando la arcabucería un gran rato, y fueron á dormir veinte millas en un puerto llamado el Fanal ó Lagomenizas. En este mismo puerto, el 1.º de octubre, se mandó hacer reseña de las galeras, haciendo su empavesada como si hubieran de dar la batalla, y D. Juan de Austria visitó las mas que pudo. Acordaron los generales buscar y acometer al enemigo, pero el viento contrario obligó á entrar de nuevo en el puerto. Hízose otra empavesada el dia 2 y se previno ir poco á poco para aguardar las naves que tenían gente, armas y vituallas (3). Este dia hubo cierta diferencia entre un capitan de galera de venecianos con otro capitan de infantería italiana, y el general de venecianos ahorcó un capitan-alférez, un sargento y otros dos soldados italianos, por lo cual el tercio de italianos se pensó amotinar; pero su Alteza lo apaciguó y enojóse mucho como sin licencia el veneciano habia tenido tal atrevimiento, y si no fuera la coyuntura tal, sin duda no quedara sin castigo (4). Miércoles al amanecer, á los 3 de octubre, salió la armada del puerto de Legumenizas, y el mismo dia á las nueve de la mañana llegó á cabo Blanco cerca de la Cefalonia, donde el de Austria y el comendador mayor discurrían por todas partes arreglando la colocacion de las escuadras. Navegóse toda aquella noche, y á las cuatro por la mañana dió fondo en Puerto Fiscardo en el canal de la Cefalonia. Este dia á la tarde llegó un bergantin que venia

(2) Relacion de la Biblioteca del Escorial, j. K 7.

(3) Servia, Escorial, Simancas, lib. citados etc.

(4) Relacion del suceso de la armada de la Liga, por el P. Fr. Miguel Servia, pág. 365 del tomo 11. Coleccion de documentos inéditos por Salvá y Baranda.

de Candia con aviso de como Tamagusta se habia entregado al turco el 20 del pasado agosto, y como habian sido cruelmente degollados sus defensores, contraviniendo á lo pactado. Tras un horroroso sitio, y cuando ya no quedaban en la ciudad mas que escombros y espectros, pues tal parecian sus hambrientos habitantes, perdida la esperanza de todo socorro, faltos de municiones y de parapetos, y despues de seis asaltos generales, fueron obligados á rendirse pactando su vida, conservacion de armas y banderas, y paso libre á Candia. Mas lejos de cumplir tal convenio, hizo Mustafá degollarlos á todos, comenzando por el valeroso guerrero Astor Ballon, y luego Andrés Bragadino, á quien dió horroroso tormento, mandó cortar las orejas, y así desfigurado y relleno de paja, colgó en la punta mas alta de la entena de una de sus naves.

Tan lastimosa narracion, oida por gran parte de los venecianos que montaban la Armada, parientes y amigos de las víctimas de Tamagusta, no pudo menos de enardecer los ánimos de todos los aliados, que en masa y con un gran rumor de tristes lamentos y de voces rabiosas de venganza, clamaron por tramar batalla cuanto antes con la gente feroz del turco, y obligaron al animoso generalísimo de la armada llevar áncoras, manteniendo fresco en el pecho de los combatientes aquel vivo entusiasmo que tanto debia servir al buen éxito de la empresa.

Dejó la armada á los 6 de octubre el puerto de Cefalonia, con no muy favorables vientos, por lo cual caminaba muy pausadamente y en acompasado orden, en demanda de los dos fuertes castillos de Lepanto. Ya no muy lejos de encontrar al enemigo, reuniéronse en consejo los caudillos, y tal cual era el ánimo ó flojedad del corazon de cada uno así apareció en las razones que cada cual espuso ante el valero-

so D. Juan de Austria. Como éste nadie deseaba tanto abatir el orgullo de los sectarios de la media luna, y como éste nadie estaba tan interesado en el logro de una completa victoria, pues llevaba el título de generalísimo de la Armada, principal voz y mando, y además esclarecido nombre, con cuya derrota empañara nada menos que una regia alcurnia y una nobilísima sangre. El Barbarigo era de parecer de entrar en el golfo, no perder la propicia ocasion de medir sus armas con el turco y de alcanzar aunque fuese á costa de su vida la mas completa victoria: el peligro grave que se ofrecia, la dificultad en llevar á cabo la empresa combatiendo con un enemigo poderoso á quien ayudaban todos los naturales de las costas que les rodearian una vez dentro del golfo; le parecia motivos suficientes para no esquivar la pelea. Cuanto mas creceria el peligro, otro tanto mayor seria el galardón que recibieran de Dios: no merece el nombre de victoria el dificultoso hecho que deja de alcanzarse por mediar penalidades. Pero de todas maneras dejaba á cargo del de Austria, emprender lo que mas útil fuese ó menos dificultades presentara. A esto contestaron Ascanio de la Corna y Juan Andrea, diciendo que debian volverse sin dar mas un paso adelante, que tenian al enemigo dentro del golfo de Lepanto, como encerrado en su casa; que no era prudente tentar la fortuna, y pelear al propio tiempo con los turcos y los elementos, pues el viento contrario para ellos estaba de parte de aquellos, y podia con su continuo soplo airar las aguas; que la brevedad del tiempo, por entrar en invierno impedia hacer mas, y hallarian escusa con los gobiernos de las tres potencias haciéndoles considerar no podrian invernar sin peligro, por ser forzoso atravesar el golfo de Venecia, costeando la Pulla y la Calabria. No opinaban asi el Marqués de Santa Cruz, Colona, Barbarigo, y el mis-

mo D. Juan, pues sus deseos eran presentar la batalla á la gran flota de los turcos en la boca del golfo, y no así como se quiera y cual si la casualidad les obligara á ello; sino desplegando todas sus fuerzas, con violento ímpetu y mostrando bien á las claras que buscaban la victoria, y que sabían lograrla, no que se la deparaba la incierta suerte de las armas. A este voto se unió el Quirini, pero con la singularidad que menciona la historia queriendo atribuirse el honor de tanta valentía, diciendo que semejante parecer á él solo se debía, pues que siempre opinara encerrar el enemigo en el golfo, y costear junto á su entrada, presentando en toda ocasion con muy grande órden la batalla. Tan suave es el nombre de la gloria prorumpe Corte Real, y tan dulce la inmortalidad en las cosas humanas, que aun se usurpan los hombres el honor ageno, y se atribuyen á sí el pensamiento animoso del extraño. Pero solo la opinion del de Austria, considerando estaban en ellos puestos los ojos de la cristiandad, no menos que toda su confianza, y comparando las fuerzas de ambas partes, determinó el combate, encaminándolo todo al peligroso encuentro. Tal voto siguieron los mas tibios, tal voto siguieron los neutrales, y aun hablando cual requiere la severa y siempre verídica historia, tal voto siguieron á pesar suyo algunos que prefirieran volver las popas al golfo de Lepanto. Porque allí dentro encontrarían sus últimos instantes ya al filo de las cimitarras turquescas, ya tragados por las olas, ya heridos mortalmente por las pelotas que debía vomitar la artillería de las naves.

Ni la armada cristiana, pues, ni la enemiga, navegaban con aquella confianza que dá de sí el convencimiento de un gran poderío. Porque ambas se buscaban, ambas anhelaban la victoria, y si la turquesca estaba sedienta de sangre católica, no menos deseaba dar un gran escarmiento á los infie-

les la Armada de la Liga. Poderosas eran las dos, contaba la de la Liga 208 galeras reales y seis galeazas menores (1): formaba la enemiga 286 galeras y varias fragatas; las montaban los mejores generales de las cristiandad y del imperio otomano, y las mejores tropas del continente europeo. Temían los turcos á los españoles, y aseguran que preguntó Alí con grande interés si eran muchas las naves levantinas ó de Felipe II. En cambio los de la Liga no mostraban el mayor placer en tener que habérselas con los terribles espacos, gente cruel y sanguinaria, de corazón duro, perverso, que aun teniendo el enemigo desarmado, herido, rendido, y á los pies pidiendo misericordia, la misericordia que concedían era hundirles el acero en las entrañas, ó de un tajo de su corva cimitarra hacer volar el cráneo en mil pedazos. Aun sin contar con el innato y natural rencor que se profesaban turcos y cristianos, rencor eterno é inolvidable mamado con la leche; aun sin contar con los poderosos motivos de sañuda enemistad que ocasionaba la guerra, las piraterías, asal-

(1) No se puede sacar en claro el número cierto de naves que componían cada una de las dos armadas, pero puede asegurarse que las que pelearon por cada parte fueron más de 200. Total cuatrocientas y tantas las que tomaron parte activa en aquel reñidísimo encuentro.

La relación del Escorial J. K. 7. dá á la Liga 330 naves, y á los turcos 283, pero debe desquitarse de aquel número las muchas que no pelearon. La de la Biblioteca Nacional H. 3. dice que había en la armada cristiana 200 galeras reales y 6 galeazas con algunas fragatas, *habiendo dejado atrás veinte y cuatro naves gruesas por no perder el tiempo que se perdería en esperarlas*; y su enemiga 225 galeras reales, 60 galeotas y otras naves.

La del P. Servia dá á la de la Liga 212 galeras reales, 6 galeazas y 16 naves, y á la del turco 250 galeras reales, 30 galeotas y otras muchas fragatas.

La relación de Simancas copiada por el Sr. Sanz y Barutell dá á la armada cristiana 208 galeras, 6 galeazas y 22 naves. De la enemiga no habla.

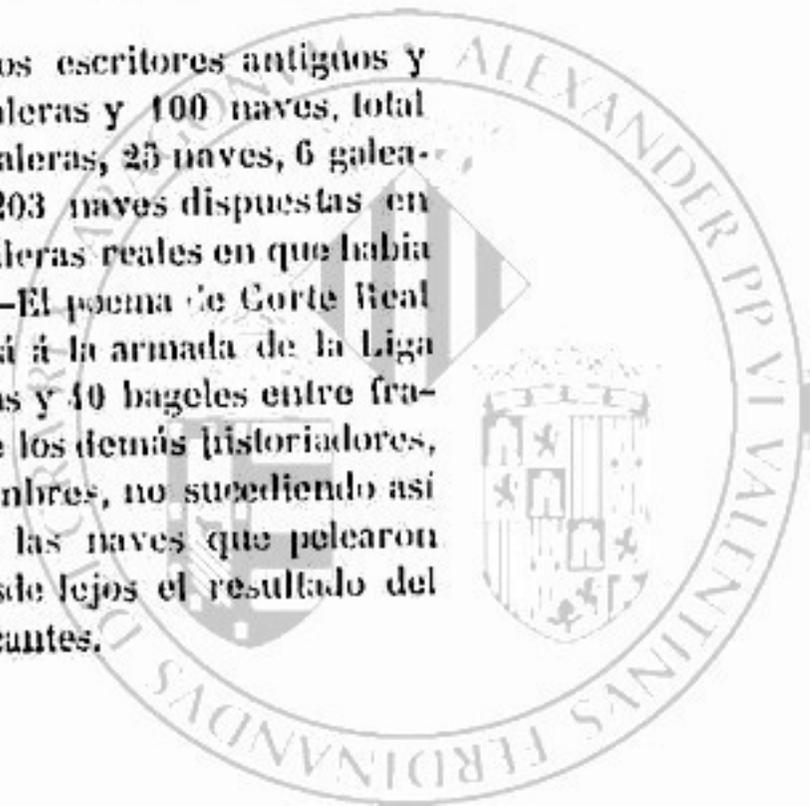
Otra relación también de Simancas dá á la Liga 203 galeras reales, 6 galeazas y 29 naves que dejaron atrás, y á los Turcos 225 galeras reales, 60 galeotas y otros bajeles menores, y otra dá á la Liga 203 galeras reales,

tos, quemas y desembarcos, talas de campiñas, saqueos y rapiñas, con todos los horrorosos maltratos y sacrificios á que esponia á los cristianos la ominosa esclavitud turquesca; no podian menos de esperar las dos armadas, tristísimo resultado del choque y combate entre ambas. Iban los unos á vengar agravios, los otros á aumentar el numeroso memorial de sus crueldades; y todos á intentar de adquirir el dominio del mundo. *El que hoy ganare la victoria será el Señor del mundo*, dijo el bajá Alí. Al considerar la multitud asombrosa de naves que cubrian las aguas, aseguran que palideció: otro tanto pudo suceder al animoso D. Juan de Austria, porque el lance iba á ser tremendo, el número de víctimas que se preparaban á servir de pasto á aquella bestia feroz que se alimenta de sangre humana, era inmenso, y los resultados de la batalla de funestas consecuencias. Podia y debia segun ellos, cambiar del todo la faz política y moral del mundo. Despues del sangriento combate que iba á trabarse quedaria el mundo ó cristiano todo, ó todo mahometano. Iba á batallarse en contra y á favor de Jesucristo; no

6 galeazas, 24 naves gruesas que se habian dejado atrás y otras fragatas. En el turco 225 galeras reales, 60 galeotas y otros bajeles menores.

La orden de D. Juan, fecha en Legumenizas á 9 de setiembre, dá 191 galeras, 33 naves y 6 galeazas.

Finalmente el mismo desacierto hay entre los escritores antiguos y modernos. El tratado de la Liga hablaba de 200 galeras y 100 naves, total 300 buques. Cabrera dice que tenian que ser 280 galeras, 25 naves, 6 galeazas y 40 fragatas; pero que salieron de Mesina 203 naves dispuestas en cuatro escuadras; y que Alí se presentó con 250 galeras reales en que habia 40 de fanal y 70 galeotas de á veinte bancos. —El poema de Corte Real escrito en 1576, á los cinco años de la batalla, dá á la armada de la Liga (canto 7.º), 208 galeras, 6 galeazas, 25 naves gruesas y 40 bajeles entre fragatas y bergantines. —Igual confusion existe entre los demás historiadores, y nace de considerar á las naves con diversos nombres, no sucediendo así si solo nos hubieran transmitido noticia cierta de las naves que pelearon formando en batalla, y de las que esperaron desde lejos el resultado del combate por ser solo buques con vituallas y mercantes.



era , pues , para menos el ardor y la inquietud guerrera de los combatientes.

El de Austria partió del valle de Alejandría y pasó á las islas Curzolares ó Eguinades, distantes tres leguas de Lepanto, en el cabo Atio ó Pigolo, frontera del rio Aquelo ó Aspropotano, que divide la Etolia de la Caramania Toas en Èpiro. Quince leguas se apartó de la plaza de armas en que pelearon Augusto César y Marco Antonio sobre la corona del imperio romano. En ella se presentaron, no combatieron Andrea Daria con la armada cristiana de la Liga y Barbarroja con la de Soliman en el año mil quinientos treinta y cinco. La figura del mar parece un lago cercado de islas y de tierra firme de Albania, comenzando desde Santa Maura que se aparta con pequeño seno, y con un puente se une y corre hasta la boca del golfo de Corinto por 25 leguas. Al Levante está á un lado la Morea, que de la misma boca por anchura casi igual se estiende hasta el promontorio Cipariso y cabo Tarneso, frontero á la isla de Santa Maura, y á la Cefalonia, isla de Veneccianos, que tiene de bojeo 160 millas á su largo, por tres leguas poco mas por un brazo de mar (1).

De una y otra parte de las islas Curzolares estaban las dos armadas. El bajá Alí habia mandado reconocer la de la Liga á Caracosa ó Carafaxa, célebre corsario, en un débil barquichuelo y cual si fuese un pescador de aquellas costas. Avistó las fuerzas cristianas, parecióronle pocas, en comparación de las suyas, y predijo á su señor la victoria. Sus animosas palabras llenaron de alegría los bajeles turcos, donde embarcados 120 mil almas (2), se entregaron al mas vivo placer y regocijo, pasando la noche en canciones y dan-

(1) Cabrera, libro IV, pag. 685.

(2) Corte Real.

zas, dando por segura la victoria de unas gentes que sin recelo alguno iban ellas mismas á entregarse á sus manos. Tal creyeron hacian los aliados, y no falta historiador que asegure mandó Alí con grande confianza, y no menos arrogancia, tener cuerdas preparadas para atar muchedumbre de cristianos. Caro le costó empero el desengaño. A 6 de octubre salia de Patras, ciudad de la Morea, no lejos de la boca del golfo de Corinto, y pasó de noche y arribó á Calonga en la Albania, y de allí costeano siempre á Galata, de cuyo puerto el mismo sábado por la noche, con próspero viento, partió para las Curzolaes. Ya antes á semejanza de lo que habia pasado á la armada cristiana, tuvieron los caudillos turcos su conciliábulo, disputando sobre la probabilidad de la victoria, sin saber el poder de aquella, y presentando diversas razones de Estado, que si no aconsejaban la retirada, aconsejaban al menos suma prudencia, que por cierto no era calidad de ánimo abundante. Tarta no descaba presentar la batalla, pues decia con sobrada razon ¿buscaria la victoria el hermano de un rey tan poderoso como Felipe II, sin tener probabilidades de alcanzarla? (1)

Salian cada uno por su parte al mar abierto turcos y cristianos, cuando al amanecer del domingo 7 de octubre, en que celebra la Iglesia al pontífice S. Marcos, se avistaron unos á otros junto á las islas Curzolaes, llevando siempre la armada de la liga el viento por contrario. Desde aquellas islas fué desde donde dió voces la guardia que estaba en el calcés de la calzada real cristiana, que descubria una vela latina, luego otra, y por fin toda la armada enemiga en un respetable número de bajeles (2). Subieron luego al calcés

(1) Cabrera, libro IX.

(2) Una hora ó mas haria que el gran Phebo
Por las inchadas ondas esparzia

personas de recaudo para que la viesen y la contasen si ser pudiese, y al propio tiempo llegaron las guardias que se habian mandado á tierra para descubrirlas confirmando la noticia, dando la fragata á la banda señal convenida de antemano. Mandó D. Juan en seguida disparar una pieza de artillería, izar una bandera verde en señal de batalla y colocar todas las naves en su órden, esperando á distancia de mas de doce millas del turco, con boga larga, algunas galeras rezagadas. Aun por vez postrera intentó la fortuna quitarle la victoria de entremanos, pues preguntóle D. Miguel de Moncada si á vista de la poderosa armada del turco pensaba combatir todavía, á lo que respondió con animoso acento y mirada entre alegre y severa, que ya era tarde para volverse atrás de un encuentro que él ansiaba, y que tan cerca del enemigo solo era tiempo de confiar en Dios y en el valor de sus brazos. Su real galera, que estaba cercada de una porcion de falúas en que iban todos los capitanes de las tres potencias aliadas para saber la última resolución de animoso jóven, vióse en seguida libre por correr aquellos á sus puestos y arreglar el frente de batalla; y él mismo se embarcó con solo D. Luis de Córdova, su caballerizo mayor, y D. Juan de Soto, su secretario, para ir reconociendo la armada, dar priesa á las galeras á que caminasen y animar

Los sus dorados rayos, deshaciendo
La negra confusion, y sombra triste,
Cuando de aquel canal al mar se sale
La poderosa Armada de la Liga,
En el festivo dia de San Marco
Confessor y Pontífice diuino.
La guardia del carcés de la real dixo
Dos velas veo, y luego alto gritando
Señala con la mano, y dico assonia
Y pareseo la armada de los turcos.

Corte Real. Canto duodécimo, pág. 159.

Cabrera.—Vander Hamen.—Cantarini.—Relaciones, etc.

á la pelea á los soldados. «Gentiles hombres, dijo, ya no dá el tiempo lugar ni es menester que yo ponga ánimo á vosotros, porque veo que vosotros me lo dais á mí; pero solo os quiero traer á la memoria el dichoso estado en que Dios y vuestras buenas suertes os han traído, pues en vuestras manos está puesta la religion cristiana y la honra de vuestros Reyes y de vuestras naciones, para que haciendo lo que debeis y lo que espero que será, la fé cristiana sea realzada, y vosotros, quanto á vuestras honras, seais los mas acrecentados soldados que en nuestros tiempos ha habido; y quanto á las haciendas, los mas gratificados y acrecentados de cuantos han peleado: y así no os quiero decir mas, pues no lo permite el tiempo, sino que cada uno considere que en su brazo derecho tiene puesta la honra de su Dios y de su vicario y de toda la religion cristiana, llevando certidumbre que el que muriere como varon va á gozar otro reino mayor y mejor que cuantos en la tierra quedan.» Corto y sencillo era el discurso, pero iria acompañado de tan animoso acento y de presencia tan bizarra, que inflamando el valor de los soldados, levantaron al aire un grande estruendo de vivas y demostraciones de alegria, que pudo poner espanto á la multitud de turcos, que bogando muy despacio, se iban acercando poco á poco á la armada aliada. Porque sucedió una cosa muy estraña, atribuida por algunos á milagro, y fué que cambió en aquellos instantes el viento, soplando adverso al enemigo y favorable á los cristianos, como si la divina Providencia se pusiera de su lado. Siguiendo las relaciones de la célebre jornada de Lepanto que nos merecen mas fé (1), como segun el órden que se habia tomado para pelear, las seis galeazas de venecianos debian poner delante de las escuadras de la batalla y del cuerno

(1) Biblioteca del Escorial y Nacional.

derecho y siniestro dos galeazas por escuadra, para que con la furia de la mucha artillería que tenían, pudiesen romper el orden de las galeras de los enemigos, fué D. Juan mismo á hacer venir las que tocaban á su escuadra, y dió mucha prisa á que se pusiesen en su lugar, enviando con ligeras fragatas á solicitar á Juan Andrea Doria, que traia el *cuerno* derecho, y á Agustín Barbarigo, proveedor general de venecianos, que traia el siniestro, que sacase cada uno sus galeazas fuera de la línea de batalla, segun la orden que tenían, y se estrecharan y recogieran las galeras juntas todo lo que fuese posible (1). Volvió el de Austria, dada esta orden, á la galera real, pasando por las popas de todas las naves que encontraba, y ordenando á sus capitanes caminaran con igualdad y animaran á los soldados, á cuyas razones respondian estos siempre con grandes muestras de contento, valor y alegría. Su Alteza hizo arbolar luego sus Crucifijos y estandartes, los cuales fueron saludados con nueva gritería y grandísima devocion de toda la Armada, y poniéndose de rodillas para orar á Dios en demanda de una feliz victoria, fué imitado de los demás de la galera real y de todas las otras, al propio tiempo que daban la absolucion los Padres de la Compañía de Jesus y Capuchinos, enviados por Su Santidad con el jubileo. En este punto fué el mar aquietado de tanta bonanza cuanta se pudo desear, y fué forzado á amañar las velas la armada enemiga y venir á remo mas despacio, de manera que tuvo lugar de ponerse muy bien en orden el *cuerno* izquierdo, y su Alteza con la batalla, y segun se entendió el Bajá mandó soltar una pieza para pedir el combate. Respondió D. Juan disparando otra aceptándole, y navegando contra el turco como una milla ó dos adelante mandó secundar el cañonazo, significando en

(1) Relaciones citadas.

esto que le aseguraba la pelea. Juan Andrea Doria que llevaba el *cuerno* derecho, fue saliendo á la mar para dar lugar á estas dos escuadras y á la suya (1). Barbarigo con el siniestro á la banda de las Curzolaes, se alargó de modo que distaba una punta de otra de la larga fila de galeras que formaba el frente de batalla, legua y media.

Avanzaba á este tiempo pausadamente la armada turca maravillada de la osadía de esperarla la de la Liga, y una y otra iban en esta disposicion y órden. D. Juan en medio con las galeras de la batalla, llevaba detrás al comendador mayor con la patrona real y al marqués de Santa Cruz, cerrando esta escuadra por la diestra Paulo Jordan y Orsino, y por la siniestra el prior de Mesina, general de Malta. La posta última del *cuerno* siniestro junto á la batalla tocó á Marco Quirini, y la otra á Barbarigo, cerrando la parte del mar la de fuera del diestro el Doria, y la de dentro junto á la batalla Juan Cardona, siguiendo á las capitanas de socorro y refuerzo, sus patronas. Las seis galeazas iban delante casi á una milla, dos por cada una de las tres escuadras que presentaban de frente la armada aliada. Mandó desembarcar el de Austria su real para hacer plaza de armas espaciosa donde pelear y donde determinar la victoria, encomendando el gobierno y defensa de la medianía á Gil de Andrade; e *cuartel* de proa á Pedro Francisco Doria; las rumbadas á los maestros de campo D. Lope de Figueroa y D. Miguel de Moneada, y á los castellanos Andrés de Salazár y Andrés de Mesa; el fogon á D. Pedro Zapata; el esquife á D. Luis Carrillo; la popa á D. Bernardiño de Cárdenas, D. Rodrigo de Mendoza Cerbellon, D. Luis de Córdoba, D. Juan de Guzman, D. Felipe de Heradia, Rui Diaz de Mendoza, con otros

(1) Cabrera, pág. 686 y sig., edicion de 1619. —Vander Hamen, Relaciones de aquellos años.—Corte Real, canto 13. —El Contarini, Historia de Antonio Ossorio, manuscrito.

muchos caballeros y capitanes de conocido valor y de grande nombradía. Dispuso esta orden Juan Vazquez del Coronado, capitán de la galera real, hombre animoso y experimentado en repetidos hechos de mar. «Alí, dice Cabrera, traía una galera muy alta y grande de puntal, y en ella 500 genízaros, y turcos espacos bravos flecheros y escopeteros, nata de su ejército. En viendo la armada cristiana puso la suya en forma de media luna con igual frente sin dejar socorro, y en medio lugar entre ellos del supremo imperio, Tarta con escuadra de ciento y treinta galeras, apartado de él por espacio de cincuenta. Al lado diestro de la parte de tierra Alí con ochenta; la punta de la tierra cerraba Mahamed Bey, gobernador de Negroponto, hijo de Salarraiz, y la otra punta Siroco Bey, gobernador de Alejandría; la batalla por la parte de tierra Mahomed Bey y Saint Bey, hijos del bajá Alí. Eran todas las galeras doscientas ochenta y seis. Haseem, nieto de Barba-roja, y Xabau Cherebi, gobernador de Trípoli de Berbería, venían con veinte y dos galeras para dar socorro á los bajeles y cabezas de la armada turca (1). » Jamás presentó el mar espectáculo tan grandioso é imponente. Mas de cuatrocientas cincuenta naves cubrían sus aguas: sus mástiles, aparejos y velamen, con multitud de estandartes, flámulas, gallardetes y banderolas de diversos colores, semejaban dos vastas ciudades ó dos bosques de erizados y agudos árboles con descarnadas ramas. El sol reflejando en las aguas las relucientes armas de los cristianos, sus dorados escudos y celadas, prestaba una agradable vista, y el monótono y acompasado ruido de los remos que levantaban blandamente las espumosas ondas inclinaban el ánimo al temor y ansiedad, despertadas ya por otra parte con la cercanía y terrible hora del combate.

(1) Cabrera, lib. IX, pág. 687.

CAPITULO IV.

Batalla de Lepanto.—Embistense las Armadas.—Principia el combate por la escuadra de Barbarigo.—Pelea de las galeras reales.—Espectáculo espantoso de carnicería.—Muere el Almirante Ali.—Es entrada la capitana de Malta.—Derrota de los turcos.

Hallábase el sol en la mitad de su curso el domingo 7 de octubre de 1571, cuando los primeros cañonazos que en demanda y aceptación de combate dispararon cada una de las dos poderosas armadas, pusieron en activo movimiento á los combatientes y á los miserables remeros, que encadenados y obedeciendo al terrible látigo de los cuatralvos de las galeras, iban á ser mudos testigos de una pelea la cual por el ímpetu con que se adelantaban las naves, y por los sañudos motivos que las reunian en aquellas aguas, tenia trazas de ser sangrienta, y de fatales consecuencias. Al encaminarse al combate, advirtió D. Miguel de Moncada al austriaco, que en aquel día se celebraba con mucha devoción la fiesta de Nuestra Señora de los Remedios en la iglesia de los trinitarios de Valencia (1), y como aquel príncipe era tan devoto de la Madre de Dios, se encomendó á ella con fervorosa piedad y lleno de valeroso ánimo entusiasmó con su ejemplo á los que le rodeaban dejando todos en manos del Altísimo el buen éxito de la empresa. Turbó por de pronto al Doria el venir la mayor parte de la armada enemiga sobre su escuadra y extremo del frente de

(1) Mariana, Hist. de España: *Continuacion*.

batalla en que iba, estando los otros tan apartados de él que atentos al enemigo propio que tenían delante no se acordarian de socorrerle. Con este intento Aluch-Alí, para darla por proa y popa, llevaba su cuerno á lo alto, porque tomando mas espacio pudiese con facilidad embestir superior en mas de la mitad de galeras (1): Pero el Doria diestro en artificios navales enderezó contra su nave saliendo al mar, encaminando sus consejos y hechos segun los del astuto corsario. Asi que estuvieron á tiro de cañon, las seis galeazas venecianas descargaron su artillería sobre la armada enemiga, y la desordenaron, haciendo en ella tanto estrago, que maltratadas algunas galeras fueron poco á poco yendo á fondo. Tan terrible impetu debió de ser evitado desde luego por los Turcos, que para eludir la lluvia de balas que caia sobre ellos, dividieron su armada en muchas escuadras; y juntándose otra vez acometieron con una feroz gritería: por su parte los de la Liga recibieron el ataque con mucho ruido de trompetas. Las naves capitanas y á su ejemplo las galeras embistiéronse unas contra otras con arrojó sin igual. El estruendo de la artillería y arcabucería era grande, el humo de la pólvora formaba una espesa niebla que oscureció enteramente el sol cual si fuese de noche y puede decirse que en espacio de hora y media no se conoció ventaja alguna por ninguna parte, sino que ambas habian trabado la pelea mas acérrima, atroz y sangrienta que se haya visto. La batalla se habia empezado por la escuadra del Barbarigo, quien arremetió con sus galeras peleando con furioso esfuerzo. El de Austria conociendo en la nave de Alí por las banderas que traía, mandó al cómitre real embestir contra ella, y aferradas fuertemente comenzaron un terrible combate, como si tomaran á su cargo todo el riesgo de la

(1) Cabrera. Lib. 9, pág. 25, y relaciones citadas.

victoria*ó de la pérdida. Venian con el turco otras siete galeras de las principales que acudieron tambien sobre el austriaco, y á la popa de la galera real de este seguia la capitana del comendador mayor de Castilla (1), y á cada lado las galeras capitanas del Papa y venecianas, de manera que puede asegurarse fué el centro de las armadas el sitio donde la pelea era mas brava, y mas triste y lastimoso el espectáculo que se ofrecia á la vista. «Jamás se vió batalla tan confusa, dice Cabrera, trabadas las galeras una por una, y dos ó tres con otra, como les tocaba de suerte, aferradas por las proas, costados, popas, proa con popa, gobernando el caso. El aspecto era terrible por los gritos de los turcos, por los tiros, fuego, humo, por los lamentos de los que morian. El mar vuelto en sangre, sepulcro de muchos cuerpos que movian las ondas, alteradas y espumantes de los encuentros de las galeras y horribles golpes de la artillería, de las picas, armas enastadas, espadas, fuegos, espesa nube de saetas como de granizo, volviendo erizos y espinas los árboles, antenas, pavesadas y vasos. Espantosa era la confusion, el temor, la esperanza, el furor, la porfia, teson, corage, rábía, furia, el lastimoso morir de los amigos, animar, herir, matar, prender, quemar, echar al agua cabezas, piernas, brazos, cuerpos, hombres miserables, parte sin ánimo, parte que exhalaba el espíritu, parte gravemente heridos, rematándolos con tiros los cristianos. A otros que nadando se arriaban á las galeras para salvar la vida á costa de su libertad y aferrando los remos, timones, cabos, con lastimosas voces pedian misericordia; de la furia de la victoria arrebatados les cortaban las manos sin piedad, sino pocos en quien tuvo fuerza la codicia, que salvó algunos turcos (2). Efec-

(1) Memorias de Fr. Juan de San Gerónimo. Escorial J—K. T.

(2) Cabrera. Lib. XI.

tivamente, á las dos horas escasas de pelea, rechazados los españoles de la real enemiga por tres veces consecutivas con gran mortandad de ambas partes, fué el almirante Alí herido en la frente de un balazo, y renovando aquellos el combate derribaron y destrozaron cuanto se les oponía delante, pudiendo D. Juan de Austria dar el grito de victoria. Debióse gran parte de ella á los esfuerzos de D. Lope de Figueroa, D. Miguel de Moncada y D. Bernardino de Cárdenas, que socorrian el combate segun les tocaba, pagando el último asaz caro su valor, pues herido de un esmerilazo que le dió en la rodilla, sin pasarla, fué derribado y quebrantado mortalmente. D. Juan en el estanterol ordenaba desahogadamente, asistido del conde de Priego, D. Luis de Córdova, Don Rodrigo de Benavides, D. Juan de Guzman, Ruiz Diaz de Mendoza, D. Felipe de Heredia, y por bajo del estanterol gobernaban la galera real Gil de Andrade y Juan Vazquez Coronado. Un historiador afirma que al tiempo que un español se aceleraba á llevar al austriaco la cabeza de Alí, fué arrojado al mar; pero otros muchos aseguran que se clavó en la punta de una lanza para que fuese vista de todos, y este unánime testimonio, dice Mariana, me parece digno de mayor crédito. Al propio tiempo fué entrada y ganada la galera de los hijos de Alí, y cautivados los dos por el comendador mayor, contando el uno 47 años, y el otro solo 15. Un gran clamor de los que con ánimo alegre proclamaban ya la victoria, los sonidos de los instrumentos bélicos, los alaridos de los combatientes, los ayes de los moribundos y maldiciones de los vencidos que ya no procuraban sino ponerse en salvo, formaban el mas terrible y horroroso espectáculo. Empero peleábase todavía por los venecianos en el ala derecha intrépidamente, hasta que herido el Barbarigo en un ojo con una saeta, abatiéronse los ánimos de

tal suerte que su galera hubiera sido apresada por los turcos sino la socorriera el marqués de Santa Cruz, que rehaciendo la pelea cambió la fortuna, pues se apoderaron de muchas galeras enemigas, huyeron otras hácia tierra, encallaron veinte en la playa, las cuales abandonadas por sus tropas, fueron despues incendiadas por los vencedores. Doria, que en el ala izquierda hacia frente á Aluch-Alí para pelear, habia estendido su escuadra, separada de la armada, con el fin que no le rodease el enemigo (1). Este, que no podia sufrir el nutrido fuego de las galeazas, se apartó algun tanto del sitio de la pelea, hasta que acometiendo de improviso algunas galeras dispersas de la Liga, pudo ensañarse en ellas y causar grande estrago en su gente. Viéronse envueltas en esta stratagemá doce galeras que estaban apartadas, y la capitana de Malta fué tan mal tratada á pesar de los heróicos esfuerzos de valor que hicieron los que la montaban, que perecieron casi todos sus soldados, con cincuenta caballeros, y su capitán Justiniani recibió muchas heridas perdiendo la bandera. Quizá las hubiera remolcado todas Aluch-Alí y pasado á cuchillo el resto de sus tripulaciones, si no hubiera abandonado la presa por ver iba contra él la escuadra del Doria, y así, evitando al propio tiempo la pelea, se hechó á huir en alta mar. Ocho galeras sicilianas al mando de D. Juan de Cardona le salieron al encuentro valerosamente para castigar tanta audacia, y ya iba á trabarse una pelea en que el Cardona hubiera perecido sin remedio por ser muy inferior en fuerzas, cuando el turco redobló su fuga á vela y remo, dejándole libre para evitar fuera sobre él la armada vencedora del austriaco.

Y en verdad fué de sentir no pudiesen darle alcance los vencedores, porque entonces pocos hubieran sido los ene-

(33) Mariana. Continuación de su historia.

migos que no hubieran quedado ó muertos ó prisioneros; porque á la primera voz de victoria que dieron los de la Liga, redoblando los sonidos de sus instrumentos marciales, que con la gritería de los turcos y estampido de los arcabuces poblaban el aire de un pavoroso estruendo, decayó el ánimo de los soldados de Selim, y se multiplicó el esfuerzo de los cristianos. Aun los mismos de estos que iban encadenados al remo de las galeras otomanas, volviéronse contra sus apresores, sirviéndoles de armas lo primero que les venia á mano, encontrándose así aquellos con encarnizados enemigos dentro de sus propias naves; y tambien los forzados de la Liga desferrados por sus capitanes compraron el salir de servidumbre vil y fatigosa con las muertes de los bárbaros, en cuyas galeras llevados de las promesas de sus generales y desco de robar saltaron furiosamente (1). Los turcos aunque de todas partes heridos con mala ventura, alargaron la batalla hasta el fin del dia, siempre furiosa y terrible por la esperanza de una parte, y la desesperacion de otra. Metíanse en las galeras á recibir la muerte antes que rendir las vidas ciegas del furor, locos de rabia, vista miserable y espantosa (2). Triste fin de gente valerosa, que no le merecieran tan desgraciado, si sus crueldades pasadas no hubieran puesto de parte del cristiano y justo el brazo invencible de la Omnipotencia Divina. La noche puso fin á la batalla, que segun unos habia comenzado á las once ó doce del mediodia, y segun otros á la una en punto de la tarde. Durante toda ella fueron saqueadas las naves enemigas, en las cuales se encontró gran cantidad de oro y plata en moneda, preciosos vestidos y otras cosas de valor, no cesando la matanza de enemigos, pues mas puede decirse no tanto fué

(1) Cabrera: lugar citado.

(2) Cabrera, lib. IX, cap. 25.

batalla como carnicería. A la mañana siguiente pudo reconocerse bien á las claras el estrago causado por la victoria, teñidas en sangre las aguas del mar sostenian infinidad de antenas, mástiles, cadáveres y todo género de instrumentos navales. Asegúrase que llegó á treinta y cinco mil el número de los turcos muertos en el combate, abrasados y sumergidos. La armada vencedora perdió diez y siete galeras y siete mil setecientos cincuenta y seis hombres, y de los enemigos fueron hechos cautivos siete mil novecientos y veinte, perdiendo ciento sesenta y siete naves (1). De estas se apresaron ciento diez y siete galeras, de galeotas y fustas trece, y tocaron á los vencedores ciento diez y siete cañones, diez y siete pedreros con doscientas cincuenta y seis piezas menores, y tres mil cuatrocientos ochenta y seis esclavos (2). En una palabra, quedaron los turcos completamente derrotados, y el día 7 de octubre recibió la cristiandad entera satisfaccion asaz completa de los horrendos ataques que habia sufrido hasta allí del pueblo otomano. Mandó en seguida D. Juan de Austria con la feliz nueva á D. Lope de Figueroa, al rey Felipe II; al conde de Priego, al Santo Pontífice, y á los venecianos D. Pedro Zapata, gentil-hombre de su cámara. Recibieron despues las relaciones circunstanciadas de la batalla, el número de los muertos y heridos, los mas heróicos hechos de armas, y los galardones que merecian todos los combatientes, porque en valor en el pelear, y en ánimo para vencer no hubo diferencia entre españoles y romanos, alemanes y venecianos. Todas las naciones, dice Cabrera, pelearon como leones. Asi fué en efecto, y aunque el número de los cristianos muertos, contando los que fenecieron despues por la mala curacion de las heridas enve-

(1) Mariana.

(2) Documentos originales.

nenadas, no fué exorbitante, sino muy al contrario incomparable con el de los turcos, prueba claramente que hubo choques y abordajes tremendos, donde la fortuna mudaba de parte. Hasta el mismo D. Juan de Austria salió herido sin saber cómo, de una cuchillada. Y en fin, también selló con su sangre la victoria el héroe-autor, el ingenio de los ingenios, el timbre y el desdoro de España, según un escritor inglés, el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra (1).

(1) No fué Cervantes el único escritor español que se halló en la jornada del 7 de octubre de 1571. Estuvo también Cristóbal de Virués, ó igualmente tomaron parte en ella Gerónimo Corte-Real, caballero portugués, á quien hemos tenido presente para esta historia, y Gerónimo Torres Aguilera, que habló del mismo combate en una *Crónica y recopilación de varios sucesos*, impresa en Zaragoza el año 1573.



CAPITULO V.

Juicio de la importancia y consecuencias del combate naval de Lepanto.—Pareceres diversos despues de la victoria.—Carta del duque de Alba á D. Juan de Zúñiga.—Carta de D. Juan de Austria a Felipe II.—Disposiciones desacertadas.—Recelos de Felipe II.—Reanimáanse los turcos.—Contestacion célebre dada al embajador de Venecia.—Sepáranse los venecianos de la Santa Liga.—Toma de Túnez por los españoles y su recuperacion por los turcos.—Conclusion.

Grande fué la importancia del combate naval de Lepanto. Sus consecuencias hubieran podido ser de excelentes resultados, no solo para España y para las potencias que entraron en la Santa Liga, sino tambien para todas las naciones de Europa. Si se hubiese dado otro sesgo á las disposiciones que se tomaron despues de una victoria de tan colosales medidas; si se hubiese utilizado el pavor que quedó en el pecho de los turcos al sufrir derrota tan completa; si se hubiesen orillado intereses mezquinos y recelos infundados, que hacian sombra á las miras nobles, patrióticas y desinteresadas del vencedor de Lepanto; si en fin, los efectos instantáneos que produjo aquella célebre jornada efectos físicos y morales de grande consideracion, no solo sobre el imperio turco sino tambien sobre las demás coronas de Europa, émulas de la de Felipe II, se hubiesen aprovechado de diferente manera; si, en una palabra, hubiera marcado D. Juan de

Austria sobre Constantinopla, apoderándose de ella y dado al través con la potencia Otomana, brindando á la Grecia entera con su libertad, y ondeara el pendon castellano en las vastas regiones dominadas por la media luna (1); otras hubieran sido las consecuencias de aquel tremendo combate, y otros sus ventajosísimos resultados, cuya inmensa utilidad hoy mismo estaríamos palpando. Atravesáronse, con todo, pareceres diversos despues de la victoria; temió quizá Felipe II el engrandecimiento de su hermano, y no acordando la Liga una conquista general del imperio derrotado en Lepanto, tuvo Selim tiempo para rehacerse, y asaz tiempo la discordia para sembrar eizaña entre las potencias coligadas. El suceso no dejó de ser por esto de gloriosísima importancia: empero los resultados se resintieron del desacierto que acostumbra acompañar las acciones de los hombres. Faltó, pues, como siempre, el *don de consejo*.

En tres maneras escribia el duque de Alba á D. Juan de Zúñiga (2), se me ofrece á mi puede traer fruto la victoria que Dios ha sido servido conceder á la cristiandad. La primera de quitar por algun tiempo al enemigo las fuerzas con que de algunos años á esta parte damnificaba y molestaba tanto á la cristiandad. La segunda, la puerta que ha abierto para hacer la empresa de veras, procurando destruir este comun enemigo. La otra, lo que no pudiéndose hacer la empresa con las fuerzas necesarias para destruirle, se podrá mejorar en beneficio de los coligados y daño suyo en otras empresas necesarias respecto de la principal, ayudantes y muy necesarias á ella para en tanto que se procuran las fuerzas suficientes, etc.

(1) Tales eran los deseos de D. Juan de Austria segun varios historiadores.

(2) Desde Bruselas á 47 de noviembre de 1571. *Coleccion de documentos inéditos de Beranda y Salva.*

«Sombra de esta victoria parece que se pueden llamar todas las demás que cristianos han alcanzado hasta aquí en la mar (decía D. García de Toledo á D. Juan de Austria en carta de 3 de noviembre de 1571), porque allende de haber sido para lo pasado, lo presente y lo porvenir la mas importante y principal que se pudiera desear y á mejor tiempo, con ella se ha vuelto á cobrar por nuestra parte enteramente el ánimo que por causa de algunos malos sucesos pasados se habia perdido en este particular, que á mi juicio esto se ha de estimar en mas que si se hubiesen vencido otras tres armadas juntas, mostrándose á los amigos y enemigos que cuando hay verdadera union con S. M. (Felipe II) ha de haber siempre muy grandes efectos en todo; y abierto V. A. con esta victoria el camino no solo á otras muchas que de su misma mano espero se han de alcanzar, pero á todas las demás que se pudiesen tener de aquí á mil años. Y pues nunca hombre entró en la mar con mejor pie, ni tuvo en ella mayores principios, firme esperanza se puede tener que yendo esta Santa Liga adelante, en tiempo de S. M. y por manos de V. A. con perpétua gloria de entrambos se ha de volver á ganar Hierusalem, y que tiene nuestro Señor guardado á V. A. por verdadero ejecutor de su voluntad en esto como hijo del mayor Emperador que jamás hubo en la tierra, etc.»

Bastan estos dos trozos de cartas de dos sujetos tan experimentados capitanes de aquella época, como eran el duque de Alba y D. García de Toledo, marqués de Villafranca, para conocer el estado en que colocó la victoria conseguida en Lepanto, los intereses políticos de las principales potencias marítimas del Mediterráneo. La entrada en éste quedó desde luego cerrada á los turcos; el pavor que llenaba el imperio mahometano era tan grande, que hasta se te-

nia por fácil cosa el rescatar la santa Jerusalem de manos de los infieles; y la carnicería del combate se presentaba á los ojos de los mismos guerreros de aquellos años, acostumbrados á inmensos derramamientos de sangre, como nunca vista, pues todas las batallas navales que habian precedido á la del 7 de octubre de 1571 solo eran sombras de aquella victoria.

«En dos maneras, decia D. Juan de Austria á Felipe II (1), parece que se podria gozar y sacar fruto de la victoria que Dios nuestro Señor ha sido servido de darnos contra sus infieles: una atendiendo á las cosas de Berbería y principalmente á lo de Argel, y otra siguiendo la victoria por estas partes y haciendo daño al enemigo. En la primera aunque convenga lo que todos sabemos, veo una gran dificultad, porque el Papa y venecianos no han de venir en ello, y á la verdad parece seria observar la capitulacion de la Liga cuando venecianos fuesen invadidos en sus estados como se ha de tener por sin duda que lo han de ser el año que viene, á lo menos por tierra á la parte de Cataro, donde la armada de la Liga los podría ayudar mucho, pues el capítulo 6.º trata particularmente de lo que á esto toca; demás de que habiendo ellos perdido á Chipre tan poco tiempo há, tambien podrían pretender que se tratase de cobrarla, á lo cual añadirán lo que todos dicen comunmente que si el año que viene se goza de la ocasion por hallarse el turco desarmado por mar, se le podrá hacer gran daño, lo que no será si se le dá tiempo que se arme. Y así cuanto á mí, tengo por sin duda que el Papa y venecianos se han de ofender mucho en solo que se trate de otra cosa que de la expedicion general. Siendo esto así y estando entendida la gran

(1) Despacho hecho en Mesina á 25 de noviembre de 1571. Coleccion de Navarrete, Salvá y Baranda, Tomo III, pág. 42.

magnanimidad de V. M. que de tan atrás ha acostumbrado á prosperar sus cosas particulares, por las que tocan al beneficio comun de la república cristiana, y considerándose tambien la terribilidad de la condicion del Papa, y de cuánto momento son las gracias que ha concedido por causa de la Liga, no veo que en ninguna manera se pueda dejar de condescender á lo que propone de la expedicion general. Es agora de ir considerando si habria forma para que cumpliendo con la capitulacion de la Liga y con lo que el Papa quiere, se pudiese atender á las cosas particulares de Berbería. Y á esto digo como por otros despachos mios se habrá visto, que tengo por cierto que lo de Túnez y Biserta lo podré allanar yo por todo marzo, y á lo mas tarde por mediado el mes de abril, quedando la armada de V. M. en órden para el tiempo que está capitulado.»

No queda, pues, ninguna duda sobre los intentos del pundonoroso D. Juan de Austria. Sus deseos eran no faltar á los aliados, tener puestas á su disposicion las fuerzas con que coadyuvaba su hermano Felipe II, cuando se necesitaran, que debia ser por mayo del siguiente año 72, y redondear la expedicion general, no disgustando así ni á los venecianos ni al Papa, sobre todo á este último, de quien habian recibido especiales gracias. Pero al propio tiempo, hallándose en noviembre de 1574, pretendia no desperdiciar tiempo, ni darle á los turcos de rehacerse, presentándose con las naves y tropas de España delante de Túnez y Biserta, rendirlas, fortificarlas y dejarlas á disposicion de Felipe, dando la vuelta á Italia. Cierta era este pensamiento digno y fácil de llevarse á cabo, que hubiera redundado en gran provecho de la península y atemorizado mas y mas á los enemigos del nombre cristiano. D. Juan por su parte propuso los medios y lo encaminaba todo á realizar pensa-

miento tan grandioso y asequible en aquellos momentos de consternacion y trastorno para los infieles, poniéndolo sin embargo, como sujeto á la autoridad de su hermano, bajo la consideracion real para que mandara *proveer como mas á su servicio conviniese* (1); pero por un lado se tardaba en contestar á sus despachos, y por otro se le ordenaba invernar en Italia y deshacerse de parte de sus escuadras. Efectivamente, por carta fecha en Mesina á 11 de noviembre de 1571 se ven las zozobras que sufría el ánimo de D. Juan despidiendo las ocasiones de alcanzar nuevos lauros, todo por atenerse á los correos de Madrid que sufrían, de propósito ó por acaso, grandes demoras y tardanzas. Despues de hablar de las citadas expediciones de Túnez y Biserta, que hubiese podido hacer la corona sola de España sin faltar á la Liga, pero que por aquel año ya era tarde, dice: «pero por que V. M. me escribe que en caso que se hubiere de hacer á la primavera queda tiempo para tratar de ello, y aun me parece que es muy conveniente que se sepa muy temprano lo que se ha de hacer en esto, suplico humildemente á V. M. que se me avise con brevedad, pues de una hora á otra puede haber ocasiones segun el estado de las cosas presentes que no será bien perderlas; y así ofreciéndose alguna y no viniendo orden de V. M. en contrario, se ha de entender que usaré de ella sin aguardar otra respuesta, pues á este fin principalmente ordené que se entretuviese la infantería alemana ó italiana, etc.»

Cumplióronse con todo las órdenes de Felipe II, y el de Austria se preparó á invernar en Mesina, esperando siempre la expedicion de Túnez y Biserta; despidiéronse casi todas las tropas y naves que formaron aquella gran armada;

(1) Despacho de 25 de noviembre de 1571.

obtuvieron licencia los generales, coroneles y maestros de campo para descansar de los afanes de la victoria, y quedaron en paz los mares, á cuyas aguas se prometia turbar de nuevo en la primavera del siguiente año, con fieros y sangrientos combates. Sin embargo, no acomodaba por justas razones al de Austria apartar de la Liga cierto número de naves que pedia su hermano para el transporte de tropas, pero como este continuaba siempre esquivo y receloso de franquear sus intenciones á D. Juan ni á ningun jefe de la Liga; queriendo obraran segun sus órdenes espresas é informándose antes de todo (aunque como opinaba D. García de Toledo (1), obligaron á hacerlo así á Felipe II, los nuevos designios que despues de tamaña victoria habia concebido su real voluntad); fué preciso deslucirse de ellas con harto sentimiento del de Austria, que próximo al teatro de la guerra, podia con mas prontitud y facilidad poner remedio á los desaciertos y contentar las potencias aliadas sacando mejores frutos de las córtes y del empleo de las armas. «Lo que al presente me dá no poca pena (escribia D. Juan de Austria desde Melazo á 5 de febrero de 1572 al conde mayor de Castilla), es no acabarme de resolver en las galeras que he de enviar á España, porque de una parte veo las órdenes de S. M. á las cuales deseo obedecer como soy obligado; de la otra veo claramente no convenir á su real servicio el presente golpe de galeras á España, porque segun lo que de allá me escriben del tiempo en que se había de levantar la infantería española que ha de venir en Italia, partiendo ahora las dichas galeras llegarían demasiado temprano; pero lo que me dá mas pena es considerar que así el Papa como venecianos han de sentir mucho el ver apartar

(1) Carta de D. García de Toledo á D. Juan de Austria, fecha en Pisa á 2 de febrero de 1572.

un número de galeras en España, en tiempo que si estuviesen en aquellas partes hubieran de venir á estas; pero como el resolver lo que á esto toca no esté en nuestra mano, y tengamos la ley en escrito, solamente toca ejecutarla, mirando como somos obligados al servicio de nuestro amo, etc.»

Victoria tan completa no produjo los resultados que eran de esperar, pues las desventajas debilitaron á los vencedores. Por de pronto se resintió el duque de Florencia por un campañero que se conforme á la campaña de Italia en la actualidad (1), y dieron que temer á Felipe II los movimientos políticos de Flandes y Francia. Receloso de suyo este último de cualquier poder que pudiese hacer sombra á su autoridad, opusese desde luego á este capitán D. Juan de Austria la corona real con que le tributaban los cristianos de Albania y Macedonia, y el general de Venecia no se dejó á la expedición de prepararla contra los Turcos. En medio de estas demoras se aplazó como hemos visto una nueva expedición para la siguiente primavera, desconociendo las fuerzas del imperio turco, puesto que se creía habían quedado con la derrota de Lepanto imposibilitados para largo tiempo. Pero sucedia todo lo contrario. Perdió sí el imperio otomano sus mas aguerridas tropas y sus mejores naves en el combate de 7 de octubre, pero no era nación tan pobre ni tan insignificante que no pudiese levantar en corto espacio de tiempo nuevo ejército y nueva y poderosa armada. Así es, que reanimados los turcos, cuando el embajador de Venecia se llegó á pedir audiencia al gran visir, fué recibido con las siguientes altaneras palabras: «Sin duda vienes á decirme hasta donde se ha extendido el dominio

(1) Carta escrita á D. Juan de Austria por el embajador D. Juan de Zúñiga á 25 de abril de 1572.

tras el desmayo que acabamos de padecer; pero ten desde luego entendido que había grandísima diferencia entre vuestros quebrantos y los nuestros. Al quitaros un reino venimos á cercenaros un brazo, y vosotros al dispersar nuestra escuadra no habéis perdido mas que alfileras. Si el brazo quitado ya no retoña, pero la barba rapada asoma luego con nueva pujanza (1).» Efectivamente, no estuvo por de mas la contestacion, pues durante el invierno posterior á la batalla de Lepanto, que lo pasaron los de la Liga con despachos, pareceres y contestaciones, construyeron los turcos en los astilleros de Constantinopla, sin el menor aparato, ciento y cincuenta galeras y ocho galeazas, presentándose por junio del año 52 con una armada de doscientas cincuenta navos. Tan grandiosas fuerzas, no pudieron menos de intimidar á los venecianos, quizá por la cercanía del turco y por creer llevarien en su ira la mayor parte, por lo cual pidieron la paz, y la confirmaron con tales condiciones, que mas bien parecia eran los venecianos que no los que tomaron gran parte en la célebre victoria de Lepanto. Bien podia tener cabida aquí el parecer de algunos escritores que aseguran fué engañado Felipe por el papa y los venecianos, que le abultaron el peligro que les tocaba de mas cerca, y le obligaron á tomar parte en la empresa moviendo su celo religioso, solo para ser despues su corona la que pagó la rabia de los infieles, pues descosos de ver que la derrota pasaba, asestaron sus tiros contra todas las costas y posesiones de España. El Pontífice, sin embargo, continuó en la Liga, y al saber Felipe II la separacion de venecianos, conformóse con su acostumbrada serenidad, y aseguró á Pio, quedaba siempre á su cargo el contrarestar á los enemigos de la cristiandad, y escudar todos los pueblos católicos. Con sin igual donaire

(1) Romey. Hist. de España.

tomaba tambien el valeroso D. Garcia de Toledo la noticia del comportamiento de venecianos, pues refiriéndose á ella escribia desde Nápoles á 8 de abril de 1573: «Pues Dios ha sido servido que la Liga no dure, esto debe ser lo que mas conviene á su servicio, y por este camino nos debe querer dar mayores victorias que las pasadas contra sus enemigos; y habiendo sido el no durar cosa antevista, antes que se supiese, no hay para que espantarnos dello, con que quedemos amigos como antes; que esto á mi parecer conviene, y que cada uno atienda á atar su dedo.»

En aquella coyuntura, recibió orden D. Juan de Austria para pasar á Africa y recobrar á Tunez. El tránsito estaba espedito por haber regresado el bajá con toda su escuadra á Constantinopla, y así es que sin ningun tropiezo, en octubre de 1575, aniversario de la victoria de Lepanto, asomó sobre Tunez con una armada de ciento y cinco galeras, veinte mil infantes, cuatrocientos caballos, seiscientos peones y crecida artilleria. Apenas desembarcó D. Juan, abandonaron los turcos la plaza, de que se posesionó aquel en nombre del Rey de España, colocando guarnicion en el alcázar y robusteciendo las fortificaciones de la Goleta. El 24 de octubre zarpó la armada para Sicilia, dejando de guarnicion en Tunez ocho mil soldados bajo el mando de Gabriel Cerbellon, del hábito de San Juan, caballero milanés. Los cuatro mil eran españoles mandados por Salazar, y los otros cuatro mil italianos á las órdenes de Pagan Doria. Quedaron tambien dos mil gastadores.

Parecia que tras aquel afortunado logro, hubiera podido sacar, á lo menos España, algun fruto de la batalla de Lepanto (1), conquistando todas las costas y plazas fuertes

(1) «La famosa jornada naval de Lepanto, dice un escritor moderno (D. Adolfo de Castro), fué uno de los hechos mas gloriosos que en honra

africanas bañadas por el Mediterráneo, quedando el de Austria por soberano de tamaña conquista, según instaba el Papa á Felipe II (2). No pudo ser así sin embargo, pues á pesar de allanar el nuevo Pontífice los intentos del monarca español, á cuyo hermano daba muestras de singular afecto, enviándole también aquel mismo año de 74, como á su muy amado hijo la acostumbrada rosa de oro, y á pesar por lo mismo de poder obrar más desahogadamente sin la compañía de venecianos; el turco apareció con una armada formidable, y aquel Uladi-Alí que había conquistado á Túnez, se presentó de nuevo sobre ella con amenazadoras miras en el citado año. Trecientas sesenta velas, aportan cuarenta

del esfuerzo castellano, vieron las naciones extranjeras durante el reinado de Felipe II: pero por la poca prudencia de este monarca, las resultas de tamaña empresa sirvieron de ningún provecho para la cristiandad y para abatir la potencia del gran turco: Felipe en esta ocasión no fué otra cosa que juguete de la astucia de los venecianos. Estos se veían oprimidos por los infieles, los cuales habían arrebatado á la república de San Marcos no solo la isla de Chipre, sino también algunas ciudades en Tierra-firme. En su cuita pidieron á los príncipes cristianos la formación de una Liga contra los turcos. San Pio V entró en ella, y á sus ruegos también Felipe II. La armada de la Liga cristiana casi toda estaba compuesta de bajeles venecianos, aunque tripulados muchos de ellos por españoles. Sabida es la derrota que tuvieron los turcos en el golfo de Lepanto. A esta siguió la toma de la Goleta, Túnez y otras plazas marítimas. En este caso los venecianos, después de haberse vengado de los turcos por la presa de la isla de Chipre, ajustaron paces provechosas para la república con Selim, y al punto se retiraron de la Liga llevándose el inmenso número de sus galeras. Felipe hasta entonces instrumento solo del ardid, de la alevosía, se encontró con pequeñas fuerzas, y en este aprieto acudió al rey de Francia y al emperador de Alemania para que entrasen en la Liga, pero uno y otro soberano se excusaron con pretextos honrosos. El fin de la empresa fué perder Felipe II vergonzosamente por su mala política la Goleta, el fuerte de Túnez y las demás ciudades marítimas que después de la victoria de Lepanto ganaron los suyos á los turcos.»

(2) Según un autor, testigo de vista del célebre combate naval de Lepanto, fueron muy vergonzosas y afrentosas para la república veneciana las condiciones de paz concertadas entre aquella señoría y el gran turco: «El turco se queda con la isla de Chipre.—Pagan los venecianos en término de dos años 200,000 ducados, y cada un año perpetuamente 2,000 ducados.—Los venecianos le vuelven dos tierrezuelas que le tomaron, y él á ellos otra.—Los venecianos de hoy en adelante no han de armar más de 25 galeras.—Han de recibir en sus puertos la armada turquesca.» (Véase el tomo XI de la colección de documentos inéditos, por los señores Salvá y Baranda. Relaciones del P. Servia, pág. 393.)

mil hombres de desembarco, á las órdenes del conquistador de Yemen, Sinain Bajá. La importante plaza de Tunez, y la soberbia ciudadela de la Goleta sufrieron desde luego el mas horroroso sitio. Continuos y poderosos refuerzos de Argel y de Trípoli no dejaban un momento de descanso á los miserables sitiados. El de Austria intentó acudir en persona al socorro, habilitando naves y reuniendo tantas tropas como pudo, pero las tormentas y los vientos contrarios le imposibilitaron levar anclas de los puertos de Sicilia, y entretanto Tunez es tomada y saqueada durante tres dias, é igual paradero tiene la Goleta, donde como leones, y tras el fuego que disparaban doscientos cañones, se defendian un puñado de valientes. Armas, pertrechos y banderas, hasta el número de veintitres, todo quedó en poder del vencedor. Defendíanse no obstante heroicamente en el otro fuerte á medio construir los caudillos Pagan Doria y Juan Sinoglesa, y aunque heridos entrambos, eran muchos los infieles que mordian el polvo por los certeros tiros de los sitiados. El crecido número de aquellos prevaleció en fin, y despues de cuatro horrorosos asaltos, pudieron tremolar la media luna sobre muros arruinados y denegridos por el continuo ímpetu y humo de la pólvora. Guardaban todavia los españoles el tercer fuerte en una isla, y desde allí los dos héroes redoblaban sus esfuerzos de valor, volviendo siempre la vista á oriente por si aparecia el ansiado socorro; pero éste no asomó y tuvo que rendirse por fin el resto de la malhadada guarnicion, para sufrir el mas lastimoso cautiverio.

Tales fueron las consecuencias del combate naval de Lepanto que con su fama é importancia habia conmovido al mundo. Pero no paró todo aquí. Los turcos demolieron aquellas fortificaciones, y desde entonces Tunez fué lo mismo que Argel y Trípoli; esto es, una madriguera de sanguina-

rios piratas. Desde aquella época tuvo Felipe II que reducirse otra vez á la defensiva, remediando asaz lijeramente y con hartos trabajos las presas y salteamientos de los corsarios argelinos, tripolizanos y tunecinos, no menos que los desmanes de los desalmados turcos. Igual suerte cabia á Nápoles y Sicilia, todo era pavor y trastorno de nuevo en las poblaciones marítimas de España y de Italia; y aunque al fallecer Selim II, su sucesor Amurates ajustó una tregua de tres años con Felipe, en 1578, fué quebrantada en seguida y puesta la cristiandad entera en los mismos pasados conflictos.

Las mazmorras turcas y argelinas viéronse de nuevo atestadas de víctimas, y en todos los mercados de Levante reaparecieron cristianos amarrados tristemente, vendiéndose como esclavos desde el anciano y el niño, desde el tostado y valiente guerrero español hasta la beldad andaluza é italiana mas peregrina. La tregua de 1578 continuó empero, mas sufriendo siempre salteamientos encarnizados, piraterías y desmanes de todos géneros. Tales vienen á ser, dice un escritor extranjero, los acontecimientos de aquella lid tenacísima de Felipe contra turcos y sarracenos. Se estableció y se terminó con amargos desmanes, y aunque en parte esclarecida y honorífica para España, la destruyó en gran manera, comprometióndola en conatos sobrepujantes á su poderío; y así exhausta de caudales y de guerreros en los últimos años de aquel reinado, no le cupo ya desempeñar aquel grandioso papel; y en vez de marchar siempre al avance tuvo que coñirse á la defensiva, al paso que los infieles siguieron señoreando el Mediterráneo á su albedrío.»

En conclusion, repetimos aquí lo que hemos dicho al comenzar nuestro juicio sobre la importancia y consecuencias de tan célebre combate.

Grande fué la importancia del combate naval de Lepad-

to. Sus consecuencias hubieran podido ser de excelentes resultados, no solo para España y para las potencias que entraron en la Santa Liga, sino tambien para todas las naciones de Europa. Si se hubiese dado otro sesgo á las disposiciones que se tomaron despues de una victoria de tan colosales medidas, si se hubiere utilizado el pavor que quedó en el pecho de los turcos al sufrir derrota tan completa, si se hubieran orillado intereses mezquinos y recelos infundados, que hacian sombra á las miras nobles, patrióticas y desinteresadas del vencedor de Lepanto, si en fin, los efectos instantáneos que produjo aquella célebre jornada, efectos físicos y morales de grande consideracion, no solo sobre el imperio turco, sino tambien sobre las demás coronas de Europa, émulas de la de Felipe II, se hubiesen aprovechado de otra manera; si en una palabra hubiera mareado D. Juan de Austria sobre Constantinopla, apoderándose de ella y dado al través con la potencia Otomana, brindando á la Grecia entera con su libertad, y ondeara el pendon castellano en las vastas regiones dominadas por la media luna, otras hubieran sido las consecuencias de aquel tremendo combate, y otros sus ventajosísimos resultados, cuya inmensa utilidad hoy mismo estaríamos palpando. Atravesáronse con todo pareceres diversos despues de la victoria; temió quizá Felipe II el engrandecimiento de su hermano; y no acordando la Liga una conquista general del imperio derrotado en Lepanto, tuvo Selim tiempo para rehacerse, y asaz tiempo la discordia para sembrar eizaña entre las potencias coligadas. El suceso no dejó de ser por esto de gloriosísima importancia: empero, los resultados se resintieron del desacierto que acostumbra acompañar las acciones de los hombres. Faltó, pues, como siempre, el *don de consejo*.

22 de noviembre de 1852.

LA HISTORIA NACIONAL.

Los objetos de esta publicación no son otros que aumentar la afición á la lectura, facilitándola; sostener la dignidad nacional con el recuerdo de las glorias españolas, y coadyuvar al mayor desarrollo de la ilustración general, á que todos deben contribuir en una nación civilizada.

Saldrá una entrega mensual *gratuita* durante el año de 1858.

No se reconoce derecho alguno para reclamar cuadernos que no se hayan obtenido durante su distribución respectiva, y esta distribución no es obligatoria hácia determinadas personas ni establecimientos, haciéndose sin traba ni compromiso alguno, según se crea conveniente.

Tendrán, sin embargo, preferencia, los asilos piosos, las casas de corrección, las escuelas gratuitas de párvulos, los pueblos de corto vecindario, los establecimientos fabriles de particulares, etc., etc.

CENTRO DE DISTRIBUCION GRATUITA EN MADRID: Librería de D. Alfonso Durán, calle del Empecinado, antes de la Victoria, núm. 3.

Escritos de D. Florencio Janer.

- Historia del Combate naval de Lepanto.**—Diversas ediciones en España y en el extranjero, publicadas en español y en francés (1852 á 1858).
- Vida y obras de D. Diego de Saavedra Fajardo.**—Tomo xxv de la *Biblioteca de Autores Españoles*, publicada por Rivadeneyra: coleccionada é ilustrado con prólogo, notas y documentos inéditos. Salíó anónimo.—Madrid: 1853.
- Colección de noticias históricas para ayudar á escribir la historia militar del Principado de Cataluña durante la guerra de sucesion.**—Madrid: 1853.
- Museo regio español, ó Biografía de todos los monarcas que han reinado en España, etc.**—Obra precedida de un prólogo sobre la utilidad é importancia del estudio de la Historia, enriquecida con los retratos de cuerpo entero, escudos de armas y facsimile de la firma de los reyes.—Madrid: 1853, 1854.....
- Exámen de los sucesos y circunstancias que motivaron el Compromiso de Caspe, y juicio crítico de este acontecimiento y de sus consecuencias en Aragon y en Castilla.**—Obra laureada por la Real Academia de la Historia en el concurso de 1855.—Madrid: 1855.
- La Danza de la Muerte.**—Poema castellano del siglo xiv, enriquecido con un preámbulo, fac-simile y explicación de las voces más anticuadas.—Paris: 1850.
- Memorias literarias de un viaje á Francia.**—Madrid: 1856.
- Condición social de los Moriscos de España, causas de su expulsion y consecuencias que produjo en el órden económico y político.**—Obra laureada por la Real Academia de la Historia en el concurso de 1857.—Madrid: 1857.
- Exámen histórico-crítico del influjo que haya tenido en la población, industria y comercio de España su dominacion en América.**—Obra presentada al concurso de la Real Academia de la Historia en 1853, y no premiada.—Madrid: 1858.
- Joyas de la antigua literatura española.**—Comprenden las obras, producciones y opúsculos más notables de nuestros escritores antiguos, evitando así su estincion y facilitando su conocimiento.—Madrid: 1858...
- Pensamientos morales, filosóficos y poéticos de D. Pedro Calderon de la Barca, recogidos de sus escritos y ordenados por D. Florencio Janer.**—Madrid: 1858.